

Canarias - 20 Nov. 74.

EL TEMIBLE ANUNCIO:

LA OSCURIDAD.

RAZONAMIENTOS FILOSÓFICOS
Y SOBREMANERA IMPORTANTES

ACERCA DEL PRONÓSTICO DENOMINADO

LAS TINIEBLAS,

QUE SE DIÓ Á CONOCER POR LA

REVISTA RELIGIOSA DE MADRID EN 1872.

PUBLÍCALOS SU AUTOR

Don Policarpo Manuel Santa Ana,

MAESTRO SUPERIOR TITULAR DE INSTRUCCION PRIMARIA.



Gran-Canaria, Marzo A.º 1874.

IMPRENTA DE ANTONIO LOPEZ Y RAMIREZ,
calle de los Reyes, núm. 13.

DE TINIEBLAS

LA OSCURIDAD.

RAZONAMIENTOS FILOSÓFICOS

TRADUCCIÓN DE DON JUAN DE LOS RÍOS

ACADEMIA DE CIENCIAS DE MADRID

1877

LAS TINIEBLAS.

Por Juan de los Ríos

ACADEMIA DE CIENCIAS DE MADRID



LA S. TINIÉBLAS.

EL TEMIBLE ANUNCIO:

LA OSCURIDAD.

**RAZONAMIENTOS FILOSÓFICOS
Y SOBREMNERA IMPORTANTES**

ACERCA DEL PRONÓSTICO DENOMINADO

LAS TINIEBLAS,

QUE SE DIÓ Á CONOCER POR LA

REVISTA RELIGIOSA DE MADRID EN 1872.

PUBLÍCALOS SU AUTOR

Don Policarpo Manuel Santa Ana,

MAESTRO SUPERIOR TITULAR DE INSTRUCCION PRIMARIA.



Gran-Canaria, Marzo 1.º 1874.

IMPRENTA DE ANTONIO LOPEZ Y RAMIREZ,
calle de los Reyes, núm. 13.

EL TÍTULO ANUNCIO:

LA OSGURIDAD.

RAZONAMIENTOS FILOSÓFICOS
Y SOBREMANTERA IMPROBABLES
AGENCIA DEL PRONÓSTICO DENOMINADO
LAS TIRIBLAS,

QUE SE DIO A CONOCER POR LA

EN 1812.

Es propiedad peculiar del Autor, que hará valer
su derecho si se reimprimiere sin su beneplácito.

MAESTRO SEÑAL DE HISTORIA TIBERIAL.

Con furtivos los que no lleven esta señal



Gran-Canciller, Marzo 1. 1814.
IMPRIMERIA DE ANTONIO LOPEZ Y RABIREN,
Calle de los Reyes, núm. 12.

AL LECTOR.

El deseo de dar á las ideas la genuina y propia inteligencia que del criterio público exige su manifestación, nos ha movido, casi exclusivamente diremos, á dedicarnos por algunos días, como con cierta predilección y con perseverancia, á éste, aunque por otra parte bien limitado y sencillo trabajo, en el cual campea la verdad histórica (tal y como en nuestro caso debe ésta entenderse); pues nada ponemos de caudal nuestro, salvo las sencillas y sumisas reflexiones filosóficas, que por su naturalidad misma y reconocida oportunidad deben merecer de todos gracia y benevolencia. Si explicamos á nuestro modo en algo el sentido oscuro de algunas frases, es solo para que se comprenda nuestra humilde apreciación, la propiedad, no obstante, conque en nuestro sentir se han aducido, y la oportunidad ó conexión que guardan con el asunto que se refiere; pero nada de pretender por ello fijar en esto nosotros la opinión pública, mejor ilustrada, ni menos contrariar la apreciación, verdadera-

mente sabia, que puedan darles el sano juicio y la ciencia teológica en el terreno de la única verdadera explicacion.

Con tan respetuosa salvedad entramos desde luego, y como en forma de capítulos, en materia.

AL LECTOR.

El deseo de dar á las ideas la forma y el progreso que el espíritu humano exige en sus manifestaciones, nos ha llevado á escribir este libro, á pesar de haber por algunas partes, como en ciertas partes, escrito con presencioso á este, aunque por otra parte bien limitado y sencillo trabajo, en el cual tratamos la verdad histórica (tal y como en nuestro caso debe ser entendida); pues nada tenemos de común con los que, salvo las sencillas y suaves reflexiones que se hacen, que por su naturaleza misma y consecuencia, deben merecer de todas gracias y honras. El exponer á nuestro modo en este libro, lo que se ha escrito de algunas cosas, es solo para que se comprenda nuestra humilde apreciación, la propiedad, no obstante, como en nuestro sentir se han establecido y la conformidad ó concordancia que guardan con el mundo que se refiere; pero nada de pretender por ello que en esto nosotros la opinión pública, mejor que en lo menos común, la apreciación verdadera.

LA OSCURIDAD.

IDEA POPULAR POR CIRCUNSTANCIAS.

La duda en la Verdad puede ser prudencia. En la Incertidumbre afirmar seguridad absoluta, es temeridad.

EL AUTOR.

¿Y qué quiere decir: *La Oscuridad?*..... Qué es esto?.... Qué voz fatídica y altamente imponente es ésta, que, cual excogitado amuleto contra bulliciosa y terca incredulidad, ó aterradora expresión de contraste al alma pía, resuena aun pavorosa entre nosotros?.... Qué es lo que recientemente y en estos como inmediatos y antepenúltimos días (fines de Noviembre y principios de Diciembre de 1873) ha pasado inconsciente por nuestra apacible y siempre festiva sociedad? Qué voz vaga, mágica y como azarosa á la vez, es ésta, que parece envolver en sí toda la teo-

ría del mas aterrador poema, y que, cual tormentosa borrasca de enriscadas cumbres, ó volcánica tempestad del tremebundo Orco, ha cundido entre los afortunados, tranquilos y sencillos moradores de la Gran-Canaria, y posiblemente en otros puntos y aun regiones, causando la alarma, el pavor y la zozobra de nuestro espíritu, alterando nuestras costumbres y juicios, aun á aquellos que mas empeño ponen en mostrarse despreocupados ó indiferentes por sistema, ó que no les mueve, quizá, ó altera los mas terribles vaticinios?

... *¡La Oscuridad!!!... ¿Y qué nos dá á entender "La Oscuridad"!!!!... Pero la cosa es seria, y preciso es tratarla aquí con alguna gravedad.*

¿Qué congruencia, empero, debemos ante todo suponer pueda asimismo existir entre conciencias despreocupadas, laxas é inalterables, y el pronóstico demasiado insulso y aventurado, quizá, como emitido por una simple y tosca mujer, que, además de no aparecer científica (¿quién puede serlo por sí en estas materias!) careció de todos los conocimientos necesarios y aun indispensables para leer por combinacion, similitud ó conjeturas en el oscuro porvenir de las cosas, máxime si no están sujetas á la física demostracion de los sucesos?

Pregunta es ésta, que solo puede contestarla, por el católico, su piedad, sus principios y creencias religiosas; por el descreído é impío, su corazon y su

conciencia, altamente despavorida, aun cuando otra cosa sea lo que se propone aparentar en la exterioridad.

Pero ¿cómo es creible esta suposición que hacemos, dirán muchos, tratándose de herejes y de despreocupados?

Sí que es posible, contestaremos, por dos razones muy sencillas.

Primera razon: El hereje, aunque muy obcecado se encuentre por efecto de las ideas que se le hayan inducido y esfuerzos sobrenaturales que por sí mismo haga para robustecerse en ellas, como actos puramente violentos y desnaturalizados, no puede en modo alguno acallar de todo punto su conciencia, como no puede, ni aun haciéndose extremada fuerza, acallar su razon para desconocer las cosas que hablan contra la naturaleza misma y la moral cristiana; porque estas cualidades sobrenaturales le fueron con el propio objeto infundidas por Dios, que jamás obra aparentemente en sus cosas como el hombre, y porque llevamos en nuestro propio ser y constitucion estos dos signos, que nos caracterizan, y que, si bien pueden pervertirse por el mal uso, no así se han arrancado ni se desplantarán de donde la mano y voluntad omnipotentes de un Dios los ha colocado.

Segunda razon: Porque lo que realmente no se cree, no mueve ni llama por sí la atencion: se desatiende y olvida, y si alguna que otra vez se recuer-

da, es solo por incidencia y robustecer alguna opinion favorable que acariciamos; pero jamás nos preocupa, nos tiene cabilosos é insomnios, ó nos despierta con la idea presente y fija en la posibilidad, al menos, de su realizacion. Esta consigna es indestructible; y basados en ella es como podemos hacer juicio, en conciencia, de las cosas. Luego creyendo, ó dudando que sea, de la posibilidad de su ser, ya concedemos realidad posible en el efecto; y como éste no se dá sin el otro, naturalmente se deduce, que en el ingreso de la duda confesamos tácitamente la posibilidad de ser.

Tampoco se diga, que el que absolutamente todo niega, no hay razon para juzgarle indeciso ó fluctuando en su creencia. Este es un sofisma, que solo tiene á su favor muy limitadas excepciones. El pagano, por ejemplo, puede decir: Dios (ó quien sea) ha dado, segun mi filosofia y las ideas que se me han inculcado, á mi alma la cualidad de entender y de juzgar (estas son las potencias ó facultades intelectuales, que denominamos *razon* y *conciencia*, y que no reconocen otro principio moral que la esencia misma de Dios); pero no vine dotada de inteligencia á priori de las cosas. Luego si nada he sabido ni se me ha revelado, puedo negarlo todo con probabilidad eficiente de la verdad de mi aserto. Este es el único caso de excepcion de incredulidad. ¿Podrá el impío, despreocupado racionalista ó temerario ateo alegar

para sí igual y justa excepcion? De modo alguno.

La herejía, lo mismo que la impiedad, es la abdicación voluntaria que se hace del privilegio incommensurable ó cualidad de católico con que nos hallamos revestidos, por abrazar el gentilismo; es la renegacion ó apostasía del Cristianismo por el Alcorán; es, en fin, mas propiamente dicho, abjurar toda clase de religion para no quedar sujeto á ninguna, cubriendo solo las apariencias con el ropaje de la fórmula, que es lo poco que ya nos resta en esto de conciencia y de racionalidad. Y en este sentir ¿se podrá llamar católico ó inocente, al menos, el incrédulo racionalista, que brega tenazmente contra toda demostracion, de que ya tuvo un pleno conocimiento? Juzgamos asimismo que no. Estará, hasta si se quiere, acertado (esto aun cuando en manera alguna se le debiera, ni por hipóbole tampoco, conceder); pero el distintivo excepcional, favorable y honroso de inocencia y de buena fé, no lo alcanzará con tal dolo ni por tales protestas.

Pero ¿qué preámbulo oscuro y sentencioso es éste? se tornará á objetar. ¿Se trata de dar luz á *La Oscuridad* anunciada, y se comienza precisamente por oscurecer la idea, aumentando con ello mas el nublado? No lo comprendemos.

Se comprenderá cuando, entrando de lleno en la demostracion, posible á nosotros, de esa *Oscuridad* (porque todo en esto debe guardar entre sí perfecta similitud y consonancia) quedemos en liber-

tad racional y tambien posible de entenderlo.

*
* * *

La Oscuridad!..;Terrible pronóstico! Pero la Iglesia no lo ha sancionado; luego no estamos en la obligacion de creerlo. La Iglesia, siempre grave y prudente siempre, nos ha dejado en plena libertad de juzgar en el particular con ajustado criterio á nuestras convicciones. Por lo mismo no ofendemos á nadie creyendo ó dejando de creer el suceso; pero hay un juicio público, reglamentado por la verdadera Ciencia y autorizado por la sana razon, y de estos dos fanales no debemos prescindir sin justa causa en modo alguno, por seguir nuestro solo capricho, sin hacernos reos de lesa Humanidad. Está en lo posible, y este es un motivo todavia mas poderoso para no desatenderlo absolutamente como cosa irrealizable. Los pronósticos no son nuevos por desgracia. Vaticinaron los profetas, y sus aserciones se han visto realizadas. Desde el principio del mundo ha habido revelaciones; y miles de años antes de estas cumplirse al pié de la letra, ya teníamos la idea anticipada, clara y fija de los sucesos. Esto es incuestionable.

Desde el pecado de Adan, revelò Dios vocalmente á este la excelsa concepcion de Maria y todo lo demás que habia de cumplirse en el tiempo, y todo ha tenido, como tendrá, su segura realizacion. Multiplicáronse los hombres, y Dios acordó enviar profetas que les ins-

truyesen de sus Supremas deliberaciones; y aunque el pueblo era indomable por su naturaleza y por su estupidez, creia no obstante en los anuncios, porque luego los veia realizados.

Noé profetizó, contra todas las reglas físicas de la naturaleza, la exterminacion del mundo corrompido, por medio de un diluvio universal; y aunque se le denostaba de loco y visionario, que pretendia disponer y tener de su parte el poder y sabiduría del Altísimo, y aun le tenian lástima de ver su obcecacion, que se alargaba ya á los 100 años (aun cuando su padre Laméch habia casi vaticinado esto mismo, cosa de 500 años antes que lo hiciera su propio hijo Noé) el exterminio se realizó, y clamaban despues á él cuando ya no tenian ningun remedio.

Llenas están las Sagradas Escrituras de estas profecías ó anuncios, y las Ciencias humanas, con tantos recursos como se reservan, no pueden, ni han podido jamás dar otra solucion posible á los hechos, que la negacion, todavia mas absurda, de la evidencia que les arguye.

Abraham, segundo hijo de Tharé, que no pudo vaticinar para sí el hurto, que de órden del rey de Gerara Abimelech se le hizo de su esposa Sara (porque este insidente no tenia por objeto sino las cosas terrenas, accidentales, individuales y de familia ó sociedad) conjuró proféticamente por revelacion, el tremendo castigo que pesaba sobre las ciudades nefandas; y aunque lo des-

atendieron y mofaban de su imbecilidad y senectud, el tremebundo momento llegó con oportunidad, y todavía hoy se ven sus estragos.

Moysés, hijo de Amram y de Jocabed, profetizó tanto y tantas veces, conjuró las personas, los elementos, las bestias, los cuerpos todos y hasta los abismos y dispuso de tal modo de la naturaleza entera, y con él su hermano Aarón, y aun Josué, hijo de Nun, su sucesor en el mando y dignidad, que sería hasta abusar de la benevolencia del público si algo de esto tratáramos aquí de compilar.

David profetizó, y profetizó mas de mil años antes casi, todos los hechos y circunstancias que en el tiempo se vieron cumplidas á la venida del Redentor, y aun posterior á su muerte, como la conversion de los gentiles, y dispersion actual de los judíos, segun resulta de sus Salmos y Cánticos: y cuidado que David fué un enorme pecador; pero no fué ese pecador obstinado, incrédulo, inflexible é iracundo, que insulta á la misma Providencia, que, por amor tan solo á la humanidad, le ha sobrellevado y sobrelleva todavía sus crímenes.

Profetizó Salomon mientras fué justo y anduvo por los caminos de la rectitud y de la verdad, y sus profecias se cumplieron y sus sentencias y augurios se han venido y continuarán hasta el fin de los tiempos realizándose.

Prediccionaron los Profetas, y todos, sin excepcion

de alguno, dieron señales tan positivas y ciertas de la realización, forma de sus pronósticos, y en el tiempo, lugar y manera como habían estos de cumplirse, que es preciso dejar de tener sentido común, ó renunciar á la noble cualidad de racional, para negar la exactitud y evidencia de sus predicciones. Y no porque fuesen sábios, que mucho menos sábios debieron ser que nosotros, que nos hallamos en el siglo XIX de la plenitud de las luces, y jamás hemos nada profetizado, al menos los que somos sábios con la Ciencia del mundo. Pero sin nombrar á Elías, Eliséo, Jonás, Osías, aun Amós en la edad quinta, y tantos otros, cuyo número asombra; sin nombrar á Jeremías, llorando con David sobre su pueblo maldecido, ni á Ezechiél vaticinando contra Pharaon y Egipto, ni á Judith alentando á su pueblo para que pusiese su confianza en Dios, que lo había de salvar, nos coneretaremos exclusivamente á Isaías, quien, no contento con predecir el número fijo, preciso y señalado de años que Jerusalem había de estar bajo el dominio de los Asirios y su pueblo en Babilonia, sino su libertad absoluta, debida á la magnanimidad de un gran rey de Persia, cuyo nombre y oriundad salió asimismo de su boca claro y explicito, como tambien sus cualidades personales, carácter especial, sus acciones mas notables, el curso rápido de sus conquistas, la manera precisamente como había de tomar á Babilonia y otras muchas señales personales y aun generales de este gran Conquistador (Ciro) y esto muchos

años antes que este ilustre personaje hubiese venido al mundo, que es preciso hacerse idiota ó temerario sin medida, para dudar de tanta evidencia. Rómpanse los libros, destrúyanse las historias, niéguese las tradiciones, ocúltense los hechos, dése fin á la existencia de todas las cosas, y entonces reinará ese poderío monstruo de la negacion.

Y en el Nuevo Testamento ¿cuánto no se halla vaticinado? ¿Cuánto en la historia profana misma de nuestros dias?...Valga por todo, si no, el anatema, con fé predicho, por los inocentes hermanos Carbajales á nuestro inadvertido monarca D. Fernando IV, llamado por ello *El Emplazado*.

Y si todo esto es cierto ¿qué motivo hay para descreer que la Omnipotencia Divina, por medio de intuicion ó revelacion expresa, ponga en conocimiento de la criatura todo aquello que mira al bienestar del hombre en esta vida y seguridad de su felicidad perdurable en la otra? De fé es que Dios *no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva para la Gloria*, y en este sentido se toman hasta sus puniciones mas terribles en la tierra: luego la dificultad estará de parte de quien tales pronósticos afirma, que es lo que pasamos ahora á patentizar.

*
* *

Nos hallamos ya en el terreno de las posibilidades; y en este lomosó punto es preciso andar con gran

reflexion y desconfianza justa para no caer, desgraciadamente, en alguno de los dos extremos, que la sana razon desaprueba, la Religion condena y la justicia de Dios castiga, como opuestos ambos al buen criterio, al sentimiento religioso y al fin á que la Providencia nos tiene destinados. Estos son: el creer con demasia; ó no creer nada de lo que el hombre y nuestra conciencia nos revele: ó de otro modo: la reprobada supersticion; ó la incredulidad absoluta, llamadas ambas, por lo mismo, y con entera propiedad, *fanatismo de la incuria inteligencia*; pero todavia de peor condicion y riesgo ésta que la primera.

La persona á quien se atribuye el vaticinio, fué una mujer vulgar, una persona indocta, que, por estas circunstancias, é imposibilitada aun mas de proporcionarse instruccion por su suma pobreza; debilitado quizá comunmente su espíritu con su cuerpo por sus continuadas y diarias vigiliass, así espirituales como alimenticias, é insomnios, pudo muy bien padecer de vahidos, flatos, histéricos y aun arrobos extraviados de imaginacion, en que su propio estado ó limitado frenesí, quizá, le haría concebir ideas mas ó menos exaltadas, segun la relacion que guardasen con sus creencias religiosas y con las circunstancias de la época; y en este sentido es preciso andar muy ajustados y precavidos para no caer tampoco hácia el lado de la reprobada y ofensiva supersticion. Tal es la persona de quien vamos á ocuparnos, siquiera sea como auto-

ra del fatal y mas que aterrador anuncio. Pero todo lo que parece á primera vista, no siempre es cierto en la realidad. Axioma incuestionable, que vamos tambien á ver aquí oportunamente aplicado.

La inculta y menos que mediana, casi vulgar por posicion, Ana Maria Taigi, natural de la ciudad de Sena (en Toscana) dice en sustancia la *Revista Religiosa* del Sr. Carbonero y Sol, denominada *La Cruz*, refiriéndose á la vida de la susodicha, escrita por el P. Bouffier, lib. VI, núm. 12, pág. 291, y varias otras crónicas, nació en la propia ciudad el 30 de Mayo de 1769. De la humilde, pero moderada clase de medianía, pasó, por un tránsito tan rápido como inmediato, á la azarosa condicion de los menesterosos rezagados; por lo que, y para ponerse además á cubierto del rubor que debiera causarle la presencia y comunicacion diaria de sus conciudadanos, pasó con sus padres, teniendo ésta aun la edad de 6 años, á ocultar su penoso estado entre la undísona confusion de los palacios y las bóvedas ecuestres y artesonados pórticos de la opulenta Roma.

Èmula de Santa Catalina de Sena, á cuya oriundidad perteneció tambien, y correspondiendo, como terciaria, á la Orden de la Santísima Trinidad, tomó estado á la edad de 21 años; vivió, durante 47, una vida ejemplar en Roma, sobrevivió á seis hijos de los siete afortunados que tuvo, gozó, entre otros, del bien de conversion por el año de 1790 y del don de profecía en 1791, y falleció en esta ciudad con senti-

miento general á los 68 años de edad, en 1837.

Pero podrásenos tal vez objetar. «¿Será bastante fundamento lo relacionado hasta aquí para por solo ello tener por inspirada y venerable á Ana Maria Tajgi, en términos de doblegar nuestros juicios, dando un asenso sin límites á sus predicciones?»

Juzgamos desde luego que no; y para ello nos basta reflexionar, que la buena ó mala opinion que se forme de una persona (sin pensar en ofender el criterio de nadie y menos el del público) no es bastante fundamento para darle asenso, confiados solo en el dicho ú opinion individual, que puede tambien caducar, como la de cualquier simple ciudadano, en sus apreciaciones. Pero como no podemos tampoco desentendernos por completo de la tradicion ni de la historia, preciso es consultar estos para convencernos de su mayor ó menor grado de probabilidad racional.

Ana Maria Tajgi, nos dice su cronista Bouffier y con él el Cardenal Pedicini el respetabilísimo Monseñor Luquet, su confesor venerable el P. Felipe, el P. Calixto y otros muchos, hizo grandes revelaciones de hechos póstumos referentes á la Iglesia, al actual Pontifice y á las peripecias sociales del globo, y todo se ha visto confirmado conforme lo explanó su prediccion. Entre otros muchos portentosos hechos propondremos estos, que se pueden llamar incuestionables por sobremanera demostrados.

Pronosticó, se dice, la Santa, la persecucion que

la Iglesia habia de sufrir y lo que los impíos habian de ejecutar en Roma, y con ella su cabeza visible. Preguntada por la persona que habia de ocupar la silla de Pedro durante esta fatídica persecucion, la determinó como con el dedo diciendo, casi 30 años antes de que sucediera: «que era un humildísimo sacerdote, fuera de los Estados Pontificios, residente entonces en una de las regiones mas lejanas:» y, en efecto, el abate Mastai-Ferretti, hoy Pio IX, era á la sazón simple sacerdote, agregado á la nunciatura de Chile, muy distante por lo mismo de aspirar á tal eleccion, que se ha visto, no obstante, realizada en él segun el pronóstico.

Dijo mas: «Que sería elegido de un modo extraordinario; que haría reformas; que si los hombres las agradecian, el Señor los colmaría de bendiciones; pero si abusaban, el brazo omnipotente del Altísimo pesaría sobre ellos para castigarlos.» Dijo: «Que este Pontífice, *escogido* segun el corazón de Dios, estaría por Él *asistido de especiales luces*; que sería divulgado su nombre en todo el mundo y aplaudido por los pueblos; que aun los turcos mismos le venerarían y enviarían comisiones de felicitacion.» Dijo: «Que era el Pontífice Santo, destinado á sufrir la desencadenada tempestad contra la Barca de San Pedro; que el brazo de Dios le sostendría y defendería contra los impíos, los cuales serían humillados y confundidos; que á lo último tendría el don de milágrs, y que la Iglesia, después de dolorosas vicisitudes, obtendría un triunfo

tan brillante, que los pueblos quedarían atónitos; los hereges se convertirían en gran número; innumerables paganos renunciarían al culto de los ídolos, y que los mismos fieles rivalizarían en fervor con los nuevos convertidos.» También reveló: «que los que habían de resistir la prueba terrible, serían aquellos á quienes les fuese concedido el espíritu de humildad.»

Refiere asimismo su confesor, también cronista, el P. Felipe: «Que esta especial Santa veía muy distintamente en el sol misterioso (era como vision beatífica, que se le representaba diariamente por intuición á su contemplación piadosa) las conspiraciones y reuniones de las *Sociedades secretas*, sus horribles y sanguinarios planes.» Y ofreciendo entonces la Santa á Dios en holocausto sus sufrimientos en favor de la Santa Causa, de la Sta. Ciudad y de la Humanidad desgraciada, le fué predicho: «que los planes de los impíos no tendrían éxito jamás en lo que á Roma toca: que les dejaría ancho campo para obrar; pero que siempre cortaría de un solo golpe todas sus tramas cuando estuviera terminado el trabajo de zapa (el trabajo de exterminio recíproco de los malos, según los altos fines); pero que por su parte debía ella disponerse á satisfacer (conjuntamente también con las inocentes víctimas) á la justicia Divina, como compensación de tan señaladas gracias.....»

!Qué lo reducido de un folleto, á que podemos por ahora dedicarnos, no dé lugar á mayores demostraciones, que pudieran esclarecer ó ilustrar toda-

via mas estos particulares!

Todavía se nos apostrofára de nuevo: «Si pretendemos también se dé asenso omnímodo al dicho ó dichos magistral y uniformemente combinados de personas interesadas por posición en hacer creer tan místicos absurdos»

No tal, contestáramos: empero sí era preciso, y lo exige así la justa Lógica, devolverles aquí el argumento como á manera de retornelo. Y «¿por qué se cree y admite desde luego como positivo é incontrovertible todo ó casi todo lo que afirma la impiedad, ya por otra parte tantas veces redargüida de inconsecuente y alevosa?»... Pues bien, en nuestro caso creemos que, bajo todos respectos, nos asiste conocidamente la ventaja. El cronista, como historiador, tiene el derecho á deber ser creído bajo su palabra ínterin no se le demuestre lo contrario de lo que asevera, ó que hable de hechos físicos, en sí inconmensurablemente inconcebibles. Si apesar de tales garantías no se le cree por anticipada prevención ¿cómo se admite muy de ligero, estima y dá por seguro, y con perseverancia, todo aquello que emite, escribe ó afirma un autor profano, quizá sobremanera insustancial, y aun sobradamente reprobado y sospechoso? Esto es ya un contrasentido muy remarcado.

Pero aquí no es un escritor tan solo el que habla; son varios, de recomendable probidad, dignidad y virtud reconocidas, conformes todos aun en los menos importantes incidentes, y guardando entrs sí consecuentes similitudes y analogías naturales, repetidas concordando

cias, posibilidad en los hechos y demostraciones palmarias. Negar esto es entrar de lleno en el error y á ciencia propia. Y si por solo ser sacerdotes se les deprime; llevan, al menos, el prestigio de la fórmula, de la entereza, de la rectitud, de la posibilidad y de la moralidad.

El P. Calixto, en su última nota del lib. III, cap. 12 de la vida de la Santa dice, entre otras cosas: Que entre las varias noticias que pudo recoger (y de estas nosotros mismos, también por obsequio á la brevedad, de muchas de ellas, y de otras mas, prescindimos) de personas sumamente verídicas y recomendables por su piedad y por todos respectos, supo que dicha Santa habia profetizado: «que el actual Papa se vería reducido á no poseer en Italia sino la sola ciudad de Roma, y que los cadáveres de los hombres muertos á los alrededores de la ciudad, serán tan numerosos como los peces acarreados (hacinados) en esta ciudad por un reciente desbordamiento del Tiber.»

Y, por último (se toca aquí ya el pronóstico que ha motivado la alusiva y tan desgarradora impresion): «Que todos los *enemigos* de la Iglesia, *ocultos ó manifestos* PERECERÁN durante *Las Tinieblas*, á escepcion de algunos, que Dios *convertirá* poco tiempo después. «Que el aire entonces será *infectado* por los demonios, «que APARECERÁN *bajo toda clase* de horrosas formas. «Que los cirios benditos (velas de cera) preservarán de «la muerte, así como las *súplicas* á la Santísima Virgen «y á los santos Angeles. Que *después* de las *Tinieblas*,

«San Pedro y San Pablo, bajando de los cielos, predicarán en todo el universo, y designarán al Papa, sucesor de Pio IX: *Lumen de caelo*. Que una gran luz, saliendo de sus personas, irá á terminar sobre el Cardenal futuro Papa: (luz misteriosa que designará de una manera material y sensible al Pontífice en la inteligencia individual del Cónclave.) Que S. Miguel Arcángel, apareciendo entonces sobre la tierra en forma humana, tendrá encadenado al demonio hasta la época de la predicacion del Antieristo. Que en ese tiempo la Religión extenderá su imperio en todas partes: *Unus Pastor*. Que los rusos se convertirán, lo mismo que Inglaterra y la China, y el pueblo se regocijará contemplando este brillante triunfo de la Iglesia. Después de *Las Tinieblas*, la Santa Casa de Loreto será trasportada por los ángeles á Roma en la Iglesia de Santa Maria la Mayor....» (1).

¡Qué locuras tan cuerdas, como ficticias, insistirán todavía muchos en decir, han salido de la boca de una mujer grosera, que solo un estado de sonambulismo sin ejemplo ha podido crear en una imaginacion arrebatada por efecto del mas extremado Magnetismo!...

(1) El fervor de advocacion de los verdaderos fieles de aquellas comarcas, al menos, y las piadosas reliquias ó votos venerandos de la gratitud y cristiana piedad, como asimismo la efígie de la Santísima Virgen, nos fuera fácil deducir. Pero no; ya en 1291, luego de destruida tambien Ptolemyda por el Gran Turco ó Gran Sultan á invitacion de los gibelinos, fué arrancada de cimientos y trasladada por los aires milagrosamente en cuerpo esta Santa Casa (hoy constituida en catedral de su nombre y morada casi permanente, y punto de concepcion y propiedad que fué de la Santísima Virgen y de su Santa Madre) de la aldea de Nazareth en Palestina, á Austria, á un collado del territorio de Tersato, lugar de la Dalmacia; y en 1294 á Italia, á la Marca de Ancona (Piceno) atravesan-

¡Ah! Qué verdades tan ciertas se acaban ahora aquí de apostrofar, dirán otros contestando á tales censuras! ¿Qué Mágia, por muy poderosísima que se la quiera suponer, continuarán estos diciendo, podría jamás alcanzar á la completa realizacion que han tenido muchos de tales vaticinios?—Pero estan en lo posibles, añadiremos nosotros; existe la facultad de su realizacion en la mente y poder Divino; y es raro por cierto, que no siendo impertinencias locas, como creacion de solo el humano ingenio (porque la ciencia del infierno no entra á escudriñar los inescrutables designios de la Providencia Divina; ni su voluntad, tampoco, á honrar y ensalzar las glorias de la Santísima Virgen) puedan referirse desde luego á tonterias y locuras: este modo de razonar haría un favor muy humilde á quien tales tésis sostuviese.

Dice asimismo por su parte el escritor de esta erónica; «que contestando él á los que le preguntaban: «si estos prodigios tendrán su realizacion al pié de la letra; si estas *Tinieblas*, por ejemplo, serán *Tinieblas físicas*» les inculcaba; que los sucesos que se precipitan en estos momentos (era á fines de 1872) se encargarán de responder; pero que en su juicio no serán

do para ello por los aires el Adriático y fijándose en una prominencia cultivable, pero sobremanera selvática, de la pertenencia de una rica y noble señora, llamada Laureta, inmediato á Rimini, en cuyas fecundas riberas, se dice por tradicion, habiase obrado ya el portentoso milagro de los peces, más piadosos aun que el hombre mismo, salidos del mar á la poderosa voz de San Antonio de Padua. (La Historia; como igualmente El Año Cristiano, Martirologio por Croisset con aprobacion suprema. Dia 10, págs. 165 y 167, edicion de Barcelona de 1854.)

imposibles nuevas plagas de Egipto en unos tiempos semejantes à aquellos.»

*
* *

Cuando los principios se establecen, es decir, cuando se fijan desde luego las premisas de un dilema, que se ha cuestionado bajo todas sus bases, es para sacar de ellos legítimas y justas consecuencias. Esto es lógico, y si la Ciencia no miente, nos hallamos en el caso ya de resolvernlos por deducciones exactas é ineludibles.

Los escritores y cronistas todos de Ana María Taigi, personas de costumbres regladas, sabios y probos en todas materias, muchos de ellos franceses, su Santidad misma, y el lugar y concepto en que la Iglesia la considera al tratar de su beatificación solemne, todo dá un prestigio de verdad á sus asertos, que nos enmudece en nuestros juicios y nos pone en la obligación de acallar, al menos, nuestras satíricas y libres impugnaciones. No porque muchas de las profecías no las veamos á la clara luz de nuestra limitada inteligencia, ó porque no se ajusten al orden físico de nuestro comun modo de juzgar, y mas que todo, porque sean profanadas por el sofisma, por el ridículo ó por el emponzoñado álito de la detraction y de las mas resentidas y brutales pasiones (tres Ángeles del cielo, ministros del Altísimo, pero en quienes estaba allí como simbolizada, al menos, la Unidad, la Esencia,

Ciencia y Potencia de la *Trinidad Santísima*, desaprueban, contradicen y reprenden *agriamente* á Sara, esposa de Abraham, la *respetuosa* duda que concibió y motejo *privado* que hizo de su prometida fecundidad, fundada ella en que se hallaba excluida ya de este accidente por razon de las leyes marcadas por la naturaleza) hemos de cegarnos hasta el punto de negar hasta lo que á Dios es posible, solo porque se oponga á las reglas físicas de la mas material demostracion.

Los casos reiterados y sobremanera asombrosos que tenemos, que nos refieren todas las historias, así sagradas como profanas, y que no podemos en modo alguno resolver sino negando con desesperado mal criterio todos los principios de la sana Crítica, (con la cual, sin embargo, quereinos acallar el juicio libre de otros, cuando así conviene á nuestro intento) nos hablan de una manera tan poderosa, que es preciso que el hombre pierda toda su cualidad de racional para descreerlos y negarlos á la faz del buen sentido.

La profecía: «*Las Tinieblas*,» que hoy nos ocupa, de Ana Maria Taigi, cuyo contenido íntegro hemos acabado aquí de reseñar, presenta además todos los datos de la mas verídica manifestacion. Empero antes que entrar en el juicio crítico y deducciones ajustadas de los hechos, veamos la similitud que guardan y robustez que por lo mismo dán á esta profecía otras, que entran en combinacion y como á formar cuerpo con la presente.

Ana Catalina Emmerich, pobre hija de un honrado y piadoso labriego, lugareño de aldea en Westfalia, dice en sustancia su cronista el P. Duley del Orden de Predicadores (1) fué contemporánea de Ana Maria Taigi, y como ella revestida por la Providencia del don sobrenatural de revelacion, é iniciadas ámbas en los esplendorosos portentos del mundo invisible; y en este supuesto añade: que era tan penitente y amada de Dios, que desde su infancia no tomaba descanso ni sustento sino el muy limitado y necesario; su oracion continúa de noche y dia de rodillas sobre la cruda nieve, y su sueño en el suelo sobre dos tablas puestas en forma de cruz, y tan asistida de la Gracia, que veia en su imaginacion cristiana todo lo presente y lo futuro, entendia, como Daniel, ó mejor, conocia desde luego todo el tenor de lo escrito que se le presentaba sin haberlo leído, y cual si lo supiera de memoria, y revelaba, como otro Josef lo hizo con Faraon y sus eunucos, y muchos otros tambien, los hechos futuros mas complicados é inconcebibles, que solo verlos realizados hoy dia causa por sí mismo admiracion.

Que sus éxtasis santos fueron mas frecuentes durante los cortos años de su clausura en las Agustinas de Dulmen, y allí vió cosas tan portentosas y verídicas, que hasta la historia contemporánea misma se ha encargado de consignarlas. Que veia como en lonta-

(1) Tom. I vida de esta Santa.

nanza al través del curso de los siglos y de las generaciones. Que conocia el sentido todo del Antiguo Testamento y su relacion con el actual, esto es, el lazo íntimo que los liga por todos lados con los misterios de la Santísima Encarnacion y Redencion, lo mismo que todas las figuras y los personajes todos, llamados por Dios para la cooperacion de sus altos fines; y veia, en fin, tanto mas, cuanto su espíritu y mente se hallaban mas distantes de las cosas terrenas, á que nosotros, por el contrario, nos hallamos tan unidos y apegados.

Al mismo tiempo percibia todo el trabajo del infierno, el origen y la difusion de la idolatría y las variadas formas del error y la supersticion. Conocia en espíritu la historia de la Redencion, la vida entera del Salvador, sus milagros y enseñanza Divina, dia por dia y en todos sus detalles; vida y gloria de los Santos, y el lugar fatal que le aguarda, despues de esta vida, al prevaricador. En fin, es tanto y tan profundo y ajustado al ritual, máximas, creencias y preceptos todos que nos enseña y predica la Santa Iglesia Romana, lo que esta Santa penitente nos refiere, que admira aun al mismo que no desconoce el poder y la afluencia de la intuicion, que, como luz proyectada en el alma y en el corazon, le hace ver á aquella, todavía de una manera infinitamente mas clara, segura y patente que á los ojos materiales de la carne, lo que pasa, pasó y pasará en los dos mundos, finito y eter-

no, de nuestras vidas. Véase con mas extension y sublimidad tratado en la biografía que de esta Santa escribió tambien el P. Schmøger de la Congregacion del Santísimo Redentor, con autorizacion de sus superiores y aprobacion del Diocesano de Limburgo.

Reseñaremos tambien algo de la desbastacion anticipada que en espíritu vió la Santa se iba á obrar en la Iglesia por la incredulidad del moderno Racionalismo; y el renacimiento espiritual, que ha de ser siempre su remedio.

*

**

«Ví el mundo, continúa refiriendo la Santa, como un plano circular desarrollado á mi vista, que se cubria de *oscuridad* y de *tinieblas*. Todo estaba en él seco y marchito, así como si la naturaleza estuviera muerta: árboles, espinos, plantas, flores y campos, todo tenia ese triste aspecto de la desolacion. (Era la desolacion moral del género humano, tal como la vió David, Ageo, Oseas, Joel, Jeremias y otros con relacion á Israel en sus predicciones, y muchos profetas mas en iguales circunstancias). Le pareció ver que el agua de las fuentes, de los arroyos, de los rios y aun de los mares se habian agotado. Que recorrió esta tierra desolada, en la cual los rios se dibujan por ligeros filamentos y los mares por negros abismos, en cuyo fondo se hallaban estrechas lagunas de agua, y el resto no era mas que cieno turbio y espeso, en el que se

hallaban sumidos multitud de monstruosos animales, que luchaban con la muerte. (El hombre entregado á sí mismo y á la sensualidad, viene á ser al fin un monstruo de este género). Que percibió pueblos y comarcas enteras sumidas en extremada angustia: las tenebrosas obras de los hombres multiplicarse, y un gran número de escándalos le fueron demostrados en todos sus detalles; y en medio de tanta y tal desolacion, sufría Roma, angustiada por las calamidades, que, tanto dentro como por fuera, afligian á la Iglesia de J. C.

«Que luego descubrió (á semejanza de San Pablo en su éxtasis sagrado en Damasco, de Jacob en Luza la escala misteriosa y de San Juan Evangelista en la descripción que hace él mismo de su revelacion sagrada, y que por cierto ninguno de estos fué tenido ni se le tiene por fanático, visionario ni poco verídico en sus narraciones, cuando dice éste último: (1) «que le *mostró Dios en espíritu* una Ciudad gloriosísima (la Sta. Iglesia) cuyos muros eran muy grandes y altos todos ellos (inexpugnables al error y á la soberbia, ejercida por el hombre aun desde el Paraiso) labrados de piedras preciosas (los símbolos materiales de que Dios se vale, así como J. C. lo hizo por medio de parábolas, para nuestra material inteligencia y el ejercicio necesario de la Fè) en los cuales habia doce puertas (los poderosos frutos del Espíritu Santo) cada una de una piedra preciosísima, diferentes

(1) Caps. 21 y 22. (Apocal.)

todas las unas de las otras, y en cada una estaba un angel por portero y la plaza era de oro limpio y claro como el cristal, y la Ciudad no tenia necesidad de sol, ni luna que la alumbrasen, porque la claridad de Dios la alumbraba, y la lámpara que en ella *arde* (es Ciudad permanente) es el *Cordero* (siempre símbolos) y por medio de ella corria un rio muy caudaloso de agua viva, claro como un cristal (el *Dogma Católico*) que mana de la silla de Dios y del *Certero* (union recíproca de voluntades divinas) y de la una y otra ribera del rio, y en las plazas, hay plantados árboles de vida (virtudes sólidas) que llevan fruto nuevo todos los meses del año (renovacion espiritual) y las ojas son medicinales para dar salud.)» Que luego descubrió grandes masas (continúa la descripcion comenzada de Ana Catalina Emmerich) que afluan de comarcas diversas hácia un mismo lugar, en el que se combatía hasta morir.» Este es el estado, decimos, en que en la actualidad se encuentra la sociedad con respecto á creencias.

«Que en el centro de este figurado lugar (siempre habla aquí la propia Catalina Emmerich) aparecia un punto negro de cierta extension, semejante á un vertiginoso abismo (la estancia de Luzbel tal vez) al redor del cual las filas mas y mas se despejaban, como si allí fueran precipitados los combatientes, *sin que nadie sospechara nada*. Que al propio tiempo volvió á ver entre todas aquellas ruinas, doce hombres (ó misioneros, dice la escritura; nosotros concebimos, ó los

representantes de los doce Apóstoles, propagadores del Santo Evangelio, ó estos mismos en espíritu) dispersos, sin mucho vínculo entre sí, (union social, de la sangre, ó simples diferencias de ritos de la iglesia Griega, y aun de otras iglesias, en solo lo que dice relacion en esto con la Latina) en otros tantos paises diferentes. Que el agua viva de la Gracia les llegaba como por rayos, distribuyendola ellos á derecha é izquierda (palabras testuales de la simplicidad del relato) sin saber de donde les venia. Que terminada una obra de tal naturaleza, se sentian con bastante fuerza para emprender otra. Que todos estaban allí nuevamente, todos de menos de cuarenta años de edad, de los cuales tres eran sacerdotes (tal vez el Papa, el Patriarca de Constantinopla y el de Jerusalem, ó los tres Apóstoles predilectos, San Pedro, San Juan y San Pablo) y que muchos otros pensaban llegar á serlo, como San Agustin, etc.

«Que tambien descubrió en las anteriores tenebrosas filas corruptoras, falsos profetas (el cisma) personas que combatian (con su solo capricho) los escritos de esos doce Apóstoles (es decir su doctrina.) Que muchas veces desaparecian estos en la lucha (las vicisitudes porque siempre pasa la Iglesia en su estado de militante); pero para reaparecer bien pronto (estos) con mas esplendor. Tambien descubrió un ciento de mujeres (las profanas) arrebatadas de una especie de éxtasis (la sensualidad); á su lado estaban hombres

que las magnetizaban y hacian predicciones (los discipulos personales del ateismo); pero que se horrorizaba la Santa á tal aspecto.

«Que mientras las filas de los combatientes se despejaban (replegaban) más y más al rededor del abismo, y una ciudad entera desaparecía durante la lucha, el partido de los doce hombres (Apóstoles) habia crecido en proporcion, y de la otra ciudad, Roma, la verdadera ciudad de Dios (cual lo fué en el Testamento antiguo la Judea, á pesar de sus faltas, porque allí se conservaba el Tabernáculo) vino un rayo á caer sobre el tenebroso abismo. (Abismo llama aquí sin duda la Santa, la colectividad de las conciencias perversas). Vió al mismo tiempo, cernearse sobre la Iglesia, empequeñecida y humillada, una augusta Señora, cubierta con manto azul de anchurosos pliegues, y coronada de estrellas. Irradiaba la luz á su rededor como de su centro, y se extendia gradualmente á traves de la espesura de las tinieblas. Por todas partes en que penetraban sus rayos, la tierra se renovaba y florecia.»

Entra luego hablando de la vision beatífica que el 27 de Enero de 1822 le señaló de una manera clara y demostrable, como á Ana Maria Taigi, la consagracion solemne del augusto Pio IX al solio Pontificio, siendo este todavia simple y oscuro sacerdote, residente en remotos climas, y casi lo nombra, como aquella, por todas las cualidades y circunstancias personales y

de accidentes que lo hizo la misma Maria Taigi, en un todo iguales y semejantes entre sí sin discrepancia. Hé aquí, se dice, como Ana Catalina vió (tambien) de un modo sensible, las ruinas morales de la sociedad, y las catástrofes que de abí debian seguirse. (1)

Cuán to y cuán demasiado complicado, grave, natural, alusivo y de suma propiedad é inteligencia mística, física y moral para una jóven lugarëña de 24 á 26 años de edad, sumida en un convento, retraida desde su primera niñez y sin conocimiento alguno del mundo y de su historia, lo mismo que Ana Maria Taigi, para suponérseles á ámbas tan asombrosas, lógicas, nutridas y conexas suplantaciones, y todo en medio de las mas acrisoladas virtudes y vidas místicas, innecesarias para muchos, llenas de penitencias, privaciones violentas y martirios voluntarios, insuperables de cuerpo y espíritu, á juzgar por nuestra sensualidad y mundanal corteza, á las cuales debilidades propias damos, no obstante, lugar preferente en nuestras mas comunes apreciaciones.

Preciso nos será continuár compendiando aquí todavía, aunque á grandes rasgos sea, cual lo hemos venido hasta ahora en su mayor parte practicando, y

(1) Su vida, páginas 138 á 140.

lo exige lo reducido de un folleto, la revelacion austera, pero llena de la mas elevada poesia y propiedad en las imágenes, conforme la refirió la misma Santa á su consultor confidente, y resulta de su biografía á los folios últimamente citados. Es tal la grandeza de su allocucion, á la par de su natural sencillez, lo afluente de las ideas é imágenes, lo grave y profundo de los pensamientos, el espíritu y conviccion íntima y perfecta, que en ello demuestra, lo raro y aun extraordinario de las concepciones, el acomodamiento, ó mejor, ajustamiento natural que en todo tienen con la Sagrada Biblia, su ilacion, el espíritu de novedad, enseñamiento y resolucion mas propia de todos los misterios mas intrínsecos que reverenciamos en la misma y la gran afluencia que de la basta inteligencia de ésta nos demuestra, que, de paso sea dicho, no solo no parece concepcion humana de persona inexperta y sin luces, sino que está muy por encima de todo lo que cualquiera pueda con su sola imaginacion crear.

Dijo, pues, la Santa (usamos de esta expresion convencional, por hallarse ya estas personas en via de beatificacion, y declarada por su Santidad Venerable la primera en 8 de Enero de 1863): dijo, pues, á su espiritual confesor Clemente Brentano: «He debido luchar toda esta noche (era la del 27 de Enero de 1822): estoy rendida de cansancio: ¡tantos esfuerzos me han costado las visiones que he tenido! Hábiame conducido mi guia (el Angel de su guarda)

por toda la tierra, como á través de inmensas cavernas, de fúnebre arquitectura; muchedumbres numerosas se cruzaban entre sí, á la ventura, en monton; absortas en las obras de la noche. Parecíame, dice, que pasaba debajo de todos los lugares habitados de la tierra (era como un éxtasis ó vision completa, que pudiéramos tomar como revelacion ó intuicion divina de los misteriosos arcanos de la naturaleza física, moral é intelectual) cuyo criminal mundo solamente me fué mostrado. Algunas veces, continua, veía nuevas muchedumbres, presa de la ceguedad del vicio, que caian de las alturas del mundo superior al abismo. ¡En ninguna parte la vuelta hácia el bien!... Qué, en general, el número de hombres excedia al de las mujeres: que apenas vió algunos niños; sucediéndole muchas veces llegar al extremo de sus fuerzas: ¡tan grande era, dice, la tristeza que le sobrevenia!... «Que en tan espantoso y doloroso cuadro, que no es posible imaginarse, la perfidia, la ceguedad, la malicia, la doblez, la venganza, el orgullo, el fraude, la envidia, la avaricia, la discordia, el homicidio, la lujuria y una impiedad horrible pasaron ante sus ojos: las víctimas de esos vicios, lejos de hallar en ellos alguna ventaja, volvíanse mas ciegas, mas miserables, y su caída en el tenebroso abismo era mas profunda. Sentia muchas veces como si ciudades enteras, cuyos muros no descansaban sino sobre ligera capa de tierra, amenazasen de un momento á otro sumergirse en el abismo.»

Veia infelices pecadores poner lazos (sugestiones) á los pasos de los otros, y encubrirlos ligeramente: (aplazar la iniquidad). Que ningun hombre de bien se hallaba en esas tinieblas, y ninguno de ellos fué presa de esas asechanzas. Y, por último, que todos los malvados que se agitaban así ante su vista, se le aparecian en un vasto espacio, extendiéndose á derecha é izquierda hasta perderse de vista en la oscuridad, entre un tumulto parecido al de un lugar de mercado; cometian la iniquidad á bandadas y en grupos, que se entrelazaban: un crimen llamaba siempre otro crimen en pos de él. Que en esa horrible vision espiritual recorrió la tierra por esas regiones tenebrosas, viendo pueblos de todo aspecto y costumbres, sumidos los unos y los otros en esas monstruosidades.

«Que despertándose de espanto y de terror, pedia á Dios la librase de tan aterradoras visiones; empero que no le plugo á Éste librarla de ellas (con el fin, sin duda, de atender primero á la mayor caridad) pues fué conducida nuevamente á esas horribles regiones de la noche y del crimen en que el mundo goza por azumbres el deleite de la relajacion,

«Que en una de ellas creyó descubrir una ciudad grande; que estaba particularmente entregada al vicio, y cuyo suelo estaba minado (impregnado de la corrupcion). Que el maligno espíritu activaba en ella la obra de la destruccion; que el trabajo subterráneo (el de las logias y clubs anticatólicos, aun la cólora mis-

ma divina) estaba ya muy avanzado y la ciudad á punto de hundirse en los parajes donde se alzaban los grandes edificios (los grandes centros de iniquidad) y que era *Paris* la que le parecia amenazada de tan terrible é insubsanable desgracia.

«Hé aquí, continúa Brentano, bajo que rasgos católicos Catalina Emmerich entrevé los combates y las victorias brillantes de la Iglesia hácia nuestro tiempo.

«Yó ví, dice, á la hija del Rey de reyes (la Iglesia constituida por Cristo, que no se contamina ni contemporiza con las pasiones reglamentadas por el capricho humano) acosada y perseguida. Lloraba amargamente (tal vez la ruina de tantos hijos pródigos, que no retornaban, como el del Evangelio, al seno paterno) esas luchas sangrientas y mortales, y sus ojos buscaban avidamente una generacion fuerte y casta que viniera á sostenerla en el combate.....»

Omitimos con gran pena dar mas lata extension á todas las revelaciones ajustadas, grandiosas, sumamente sublimes, expresivas y simbólicas que hizo referentes al estado actual de la Iglesia y á la de su cabeza visible; revelaciones que no pueden ser mas explícitas y oportunas, y por lo mismo de grande admiracion y pasmo para el hombre pensador é imparcial, que vé en todo luces superiores, que el profano desconoce; y solo nos concretaremos á narrar algo de lo que reveló referente á las *sociedades secretas* á las cuales caracteriza tambien de una manera tan demos-

trada y positiva, que es preciso cegarse de intento para negar ó desconocer su propiedad ó á lo menos su verosimilitud.

Esta descripción que hagamos, aunque también algo extensa, es á la par sumamente interesante para el que de buena fé anhela el oportuno y útil desengaño, que le liberte de un error grosero, el mismo contra el que todos venimos á una voz clamando, que tanto ha empeñado siempre las grandes y más furibundas cuestiones de oposición, y que pueden tener también su particular grado de ver; y en tal caso nuestro daño sería consumado. En lo dudoso ú opinable, el camino más seguro que abraza siempre el buen criterio, es la reserva. Obrar de otro modo confiados solo en la suficiencia humana, con exclusivo apartamiento de la divina, es delirio, obcecación, frenesí ó más que todo, satánica desesperación, que acaba por conducirnos concienzudamente y en cualquier sentido que sea, al abismo del mal, ó del mal juicio; y esta es también la opinión del público verdaderamente cuerdo, recto y en todo sentido sensato y reflexivo.

Concluye así la ascética religiosa Ana Catalina Emerich, según escribe, como se ha dicho, su biógrafo, y escritores sagrados y aun profanos, algunos de los cuales hemos enunciado ya en esta sucinta manifestación.

Dice la crónica: que escuchemos algunos detalles que refiere la propia religiosa de la lucha actual que, desde su profecía, vió de una manera ostensible esta alma, altamente inspirada, en lo retraído de su clausura, que sostenia la Iglesia contra *las sociedades secretas*.

«Vió, dice, la basílica de San Pedro entregada á una inmensa turba de demolidores, mientras que otras filas (los verdaderos católicos) se ocupaban de reparar las brechas. Las líneas de estas maniobras extendíanse por el mundo entero con una notable inteligencia. Los demolidores destruían cuarteles enteros; contaban en sus filas muchos sectarios y apóstatas: (¿quién puede denominarlos?) Pero entre ellos los mas hábiles, aquellos que procedían sistemáticamente y por reglas, llevaban mandiles blancos bordados de azul, y llevaban asimismo en la cintura una llana de albañil; usaban, sin embargo, trajes de todas clases. Grandes y ricos personajes de cierta importancia asistían tambien con uniforme y condecoraciones á ese trabajo demolidor, pero sin poner ellos manos en la obra; contentábanse con indicar con su llana los parajes del muro que habian derribado. Que con gran dolor suyo vió entre ellos á sacerdotes católicos. Que á veces, tambien, cuando no estaban seguros del golpe, se acercaban á uno de ellos, que tenia un libro de gran tamaño, en que parecia señalado todo el plan que debian seguir en la destruccion. Después de lo cual, indicaban nuevamente algun paraje con su llana, y bien pronto caía bajo el martillo

un cuartel mas. La operacion seguia tranquilamente, y marchaba con golpe certero, pero sin llamar la atencion y sin ruido, mientras que se hacia la centinela.»

¡Qué alusion tan propia, ámplia, natural, palmaria, minuciosa y verídica, que solo la realizacion de sus pormenores y posteriores hechos forman la mejor apoteosis de una mujer sencilla y sin instruccion, que vé con firmeza y luz sobrenatural lo que toda la política, la ciencia y la combinacion de todas las inteligencias reunidas, no pueden ni aun prejuzgar en sus mundanales concepciones!

«Que vió al Palpa (al anciano Gregorio Bernabé, luego Pio VII) en oracion; pero que estaba rodeado de amigos pérfidos (el esma en la Iglesia) que muchas veces hacian lo contrario de lo que mandaba. Entre todos notó un individuo de pequeña estatura, muy moreno, seglar (tal vez fuera algun extraordinario y avieso agente de las *horcas caudinas*, del gorro frigio, sicario de la Cívica Roma, de la Jóven Italia, de los *carbonarios* de la Santa Alianza, del infernal genovés José Mazzini, llamado por otro nombre el Viejo Hassan ó el terrorífico Viejo de la montaña (incomunicable por sistema y aun invisible para todo el mundo, hasta para su mas inmediata servidumbre) de Guerrazzi, Esterbini, Orsini, Galleti, Weishaupt y tantos otros que acaloraban las *sociedades secretas* del Iluminismo, Radicalismo, Carbonarismo, Socialismo, Panteismo, Masonismo, Comunismo, Racionalismo, Santa Alianza, Guardia civil, etc. etc.; que, por cierto,

agobian por sus múltiples denominaciones y variadas formas, aunque unidos todos en un mismo espíritu, la persecucion á Jesucristo y á su Iglesia; del furtivo é iracundo Garibaldi, monstruo horrible y descarado de la humanidad; de aquel calabres, primer enviado de Nápoles á los *conventículos* de las *sociedades secretas*, ó el arriero carretero tabernario, Angel Brunetti, llamado después Ciceruaccho; ó algun otro de los terroristas mas renegados aun que los que ya dejamos indicados) que trabajaba con las turbas con grande actividad en la ruina de la propia Iglesia. Pero mientras que así estaba demolida por un lado (el lado de la flexible piedad) se la reconstruia por otro (el del mayor fervor y afianzamiento de los verdaderos fieles); aunque sin mucha actividad: (el triste contraste entre lo piadoso y las poderosas afecciones mundanas.) Que el Vicario general de Munster (Clemente Augusto de Droste de Vischeriesg, después Arzobispo de Colonia) le regocijó vivamente, pues le vió atravesar imperturbable las filas destructoras y dar órdenes para la conservacion y restauracion del edificio. Que vió tambien á su confesor confidente (el P. Duley) que llegaba de lejos con una pesada piedra (la fuerza de la verdad evangélica) cuando otros rezaban el breviario con tibieza (amor á la sensualidad) llevando, como gran cosa, una piedrecita debajo del manteo, ó la pasaban, como fluctuando, de mano en mano; (sin duda buscando mundanal apoyo: es la condicion del hombre.)

«Ya estaba destruida, dice, toda la nave (mística) de la Iglesia, y no quedaba intacto sino el Santuario (la gran verdad del Evangelio.) Que presa del dolor mas vivo se preguntaba á sí misma en dónde podia estar aquel hombre que habia visto anteriormente presentarse como libertador encima del edificio (vision beatífica, el Angel del destino) con traje de púrpura y con estandarte blanco en la mano. Que de repente vió llegar á la gran plaza que hay delante de la Iglesia (la grande extencion que abarca gentiles, sofistas, infieles y réprobos) una mujer llena de magestad, cuyo manto de anchos pliegues estaba recogido sobre el brazo y se sostenia dulcemente en el aire (la Virgen Santísima) la cual, llegando á la cúpula (al solio de la cristiandad) extendió sobre todo el edificio su manto (su divina gracia) el cual resplandecía como el oro. Que los demoledores se habian (con tal motivo) entregado un instante al descanso (al retrainiento, pavor ó laxitud); pero que cuando quisieron continuar su obra, no les fué posible atacar los muros, amparados bajo el manto de tal Señora.

«Que los que trabajaban por reconstruir la Iglesia, redoblaban por momentos su actividad; á los cuales se allegó un refuerzo de ancianos impedidos (firmes católicos valetudinarios) mujeres jóvenes en todo el vigor de la edad, (pero de virtudes sencillas) niños (inocencia perfecta) eclesiásticos y seglares (no pervertidas sus ideas por la lectura y foco popular) con cu-

yos simples medios presto el edificio fué completamente restaurado (cumplimiento de la gran promesa de Cristo y poder de la Divinidad, de que su Iglesia será en su cuerpo místico, como Él mismo lo fué y á su semejanza personal, perseguida y abatida; pero jamás aniquilada, pues triunfará, como Él, de las pasiones del mundo y del nefando poder del infierno, aun cuando se aparente no creerlo.) Que entonces vió adelantarse un nuevo Papa (nuestro muy digno y Santo Pontífice Pio IX, de inmortal renombre, sucesor de Castiglioni) escoltado por una procesion general (el sentimiento unísono de todos los católicos, y aun no católicos, que se manifestó cierta y positivamente después en su inauguracion). Que era mas joven y mas severo (mas inflexible, porque asi lo exigian las circunstancias) que su predecesor Gregorio XVI y recibido (de los fieles) con gran pompa (solemnidad y aprecio). Que se iba á celebrar (se preparaba) en toda la cristiandad una doble solemnidad eclesiástica, un juvileo universal y el renacimiento de la Iglesia. Que antes de comenzar la fiesta, el Papa habia dado á sus familiares las órdenes necesarias para despedir de la Asamblea (de la curia de Roma) y hacer se ausentase (temporalmente tal vez) á una turba de eclesiásticos de dignidad, ó simples sacerdotes (malos católicos y súbditos rebeldes) lo que tuvo lugar sin dificultad; pero estos, viéndose despedidos, se alejaron con gran cólera (pertinacia en el alma y rencor inveterado en el corazon)

y prorumpieron en quejas. Que el Papa les reemplazó en su servicio con personas de espíritu diferente, ya eclesiásticos, ya seglares. Que entonces comenzó en la Iglesia de San Pedro, la solemnidad. Que los hombres del mandil blanco (clase de *sociedades secretas*, que creen se honran con tal distintivo) continuaban, no obstante, trabajando (aunque) en silencio y con circunspeccion, *siempre en acecho* para no ser notados.

Y, por último: «Que la Iglesia de San Pedro se le apareció nuevamente con su alta cúpula (Suprema dignidad); el Angel San Miguel estaba encima de la *basílica*, (potestad Divina) todo radiante, cubierto de purpúrea túnica como la sangre (vision alegórica, que hacía referencia á la justicia de Dios ensañada por la defensa de su Iglesia) y teniendo desplegado en la mano el estandarte de las batallas (la enseña del triunfo). Librábase al propio tiempo en la tierra (en el estado de los hechos) una gran batalla. Los Verdes y los Azules (conmision monstruosa de los partidos, los cuales, no obstante, creen, cada cual, haber desentrañado por sí solo la verdad con independenciam absoluta de la Suprema Ciencia) contra los Blancos (que simbolizaban la justicia); y éstos, que se hallaban dominados por una espada ensangrentada y ardiente como el fuego, parecían del todo perdidos: sin embargo no todos sabían por qué combatían. Estaba la Iglesia enrojecida de sangre, como el Angel, Ella será lavada en sangre (en

el exterminio de los protervos y de los partidos todos que se acaloran hasta morir) le dijeron al propio tiempo; empero, que á medida que se prolongaba la lucha, desaparecia la sangre de encima de la Iglesia (se purificaba ésta mas y mas). Que descendió al fin el Angel á la arena del lado de los Blancos (es decir, que tomó parte el Cielo en favor de su grey) en donde se multiplicaba al frente de todos los batallones, inflamando un ardor marcial y destrozando por su propia persona á todos los enemigos, por lo que en el instante se declararon éstos en una completa derrota. La espada de fuego habia desaparecido en el mismo momento de encima de la cabeza de los Blancos en triunfo. Que antes de finalizar la accion, grupos enemigos no habian cesado de pasar á su lado, pues una grandísima multitud se habia pasado á ellos (á los blancos: los efectos de la racional conviccion). Y, por último: que los Santos del cielo habian intervenido por sí mismos en el combate, y que en lo alto de los aires en que ellos se sostenian (por su espiritual agilidad y sutileza) animados de un mismo espíritu, multiplicaban los signos, y además tendian todos al mismo fin por diferentes operaciones.» (1)

*
* *

Pero ¿pueden las *sociedades secretas*, dirase tal vez, creadas precisamente para restablecer al hombre

(1) Vida de Santos. Ana Catalina, etc. II. B. págs. 175 y 178.

en toda la plenitud de su primitiva dignidad (dignidad que recibió de Dios cuando formó á todos á su imagen y semejanza, con iguales atributos y con participacion igual así en el cielo como en la tierra, y que solo su buen ó mal proceder con sus semejantes pudiera causarle su bien ó mal estar en esta vida, ó su desgracia y felicidad perdurable en la otra) causarle ese mismo mal de que tratan de preservarle, y causárselo á sí mismas por tan abnegativo deseo? ¿Puede una abnegacion tan santa, natural y desinteresada, atraer sobre sí y sobre los demás que coadyuvan á ello, las iras de la Providencia Bienhechora y la reprobacion del mismo hombre, á favor de cuya humanidad resentida han trabajado y trabajarán siempre por restaurarla en sus primitivos derechos y dignidad justamente preconizada? ¿Qué mal hacen las *sociedades secretas* en constituirse antemural y como baluarte firme contra el despotismo y orgullo reprobado de otros hombres, que queriéndose constituir en semidioses por su propia eleccion ó dignidad adquirida ó relograda, miran al pueblo, á la mayoría de la creacion, como sus inferiores, como otros seres menos nobles ó desiguales en especie, con dependencia absoluta y exclusiva de su omnimoda voluntad, tanto para la presente vida como para la eterna? ¿En dónde existe esa simulada intencion que se les supone, y que está sirviendo como de horóscopo à sus procedimiantos?

Argumentacion tan singular está rebatida por plu-

mas tan enérgicas y competentemente autorizadas, que nos ponen en la obligacion natural de suprimir nuestra humilde contestacion para dar lugar á mejores y mas razonadas concepciones.

Con todo, porque no se nos prejuzgue refundidos en esta insidiosa argumentacion, diremos por nuestra parte: Que aun para bien temporal del hombre, no puede el hombre mismo crear por sí condiciones y principios en manera alguna opuestos á la libre voluntad y comunidad de otro hombre, salvo los que le hayan sido prescriptos y reglamentados por el mismo Dios, causa eficiente de todas las cosas, por su Evangelio y por la moral ajustada que éste encierra. Obrar de otro modo sin el consentimiento, al menos, de la generalidad, y á la vez autorizado por las leyes divinas y humanas, es precisamente contrariar en su base esos mismos principios de recta legalidad y de cristiana y social moralidad, que se quieren, aunque propia, *incommensurablemente* exaltar á la sombra de mentida, sofística, ó cuando mas, parcial y exclusiva *filantropía*, ó, si se quiere, *oficiosa, extemporánea, extremada* y por lo mismo *violenta prohibidad*. La Iglesia, por medio de sus representantes legítimos, (sus ministros) verdaderos intérpretes y consultores de la doctrina, *ipso jure divino*, las tiene ya señaladas, y las leyes sancionadas; sin que sea preciso, ni aun conveniente, que el hombre profano, altivo, insuficiente é individual las conculque y comente por sí con solo el fin innoble de

darles su *independiente, potente, arbitraria* y sobre todo individual tambien y *abusiva* apreciacion y aplicacion.

Un Autor bastante célebre, se espresa así en sus concepciones. «Encontraremos hombres, dignos sin duda de la mayor estimacion por sus talentos, que emplean en cultivar la literatura profana; pero que por no haber jamás glorificado á Dios en su corazon, ni buscado en las Ciencias humanas mas que lo que puede servir de alimento á su orgullo y á su curiosidad, merecen ser abandonados á la vanidad de sus pensamientos.....

«Encontráreis, continúa diciendo, hombres que dicen, que han leído, reflexionado y examinado; pero que tan solo debemos entender por esto, haber recogido con gran cuidado cuantas sátiras, cuantas bur-las, cuantas paradojas y cuantas anécdotas ha sabido inventar la (su) abominable filosofía, para dar color á sus pretensiones.

Otro Autor, no menos notable, dice: «Que el principio de exámen y de reforma (con relacion a la Iglesia, bajo pretexto de bien á la humanidad) ha engendrado al Protestantismo. Que este principio se halla ya en el seno de todas las sectas, y se le reconoce como gérmen de todos los errores. Que todo esto está aclarado sabiendo, que el estado presente del hombre no es (por su culpa) en el que Dios le crió, y que esta funesta desgracia es castigo de su (primitiva) desobe-

diencia. Que así no nos admiramos de ver miserable á un vasallo (es denominacion necesaria á toda necesaria institucion social) rebelde; y que ninguna contradiccion se halla en el hombre, como obra de Dios (y las constituciones que Éste mismo, y aun el propio hombre, se ha visto en la necesidad de crear para organizar al hombre mismo, puesto que todo principio de autoridad, y aun la potestad misma de autoridad, sea ésta la que fuere, baja del cielo); (1) pues las contradicciones están entre la parte que subsiste de aquella grande obra y las alteraciones que el propio hombre ha hecho en ella (ó se ha creado).

Y, por fin, dice otro, haciéndose cargo del objeto de todas las *societades secretas* (ésta su propia denominacion por sí es, dígase lo que se quiera, un principio de desprestigio universal permanente para la buena opinion á que aspiran tales *sevietades*): «que la ereccion de Guardia Ciudadana, Guardia Civil, Cuerpos francos, &c. tiene su raiz en la conspiracion universal del Iluminismo, Racionalismo, Panteísmo, Socialismo, y otros, peste y contagio de todo el mundo.»

«Que las *societades secretas* (ó cualquiera sea la bandera que hayan alzado contra la Iglesia, contra el Catolicismo y contra toda autoridad constituida) organizaron en Suiza los llamados Bersaglieri, de donde nacieron los ya insinuados Cuerpos francos, que tan-

(1) (Gén. cap. III, vers. 16, 17, 18 y 19).

tos años hace despedazan las entrañas de la patria que los comprende, la cual morirá necesariamente asesinada por los puñales de la libertad.»

«Que el Iluminismo (así como toda secta) es el enemigo de todo orden y de toda autoridad: tiene declarada guerra á Dios, á la Iglesia, á los reyes, á las constituciones y á todo poder legítimo, á fin de introducir en el mundo el mayor desorden. Que para llegar á este diabólico fin, todos los medios le son aceptables y todas las denominaciones honrosas» (como en Italia los amigos de Liorna; la *Legion de la Muerte* en las Romanías; los *feros* calabreses de las Sicilias; el *Leon* de Ancona; el *Leopardo* de Rieti; el *Dragon* de Perusa; el *Alma desesperada* de Viterbo, &, &.)

Continúa diciendo: «Que las *sectas*, aun cuando tengan nombres diversos, están siempre tan estrechamente unidas en el espíritu y en el fin, como si un alma sola las vivificase y dirigiese. Tienen cabeza, y á ella dejan la direccion y el consejo; tienen miembros, y cada uno obra segun su condicion, sin que el ojo haga de mano, ni el pié de lengua: se acomodan á todos los dialectos y á todas las provincias; el noble (en quanto á la idea) se hermana con el plebeyo, el ciudadano con el aldeano y, cuando se trata de conjuracion, se unen, se abrazan y se estrechan mas que nacidos de una misma sangre. Son mañosos y astutos, falsos y disimulados, prontos y atrevidos, pacientes y constantes. No les amedrenta el ojo de la Justicia, ni

los aminora la prision de sus hermanos (¡qué lástima de abnegacion en otro sentido, para bien de la humanidad, que formaría héroes en vez de cobardes asesinos, á cuyo calculado valor les compele el mismo miedo que así propios, proverbial ó positivamente se tienen y la desesperacion que naturalmente produce la soberbia y el vil orgullo, resentidos ambos de no poder ser en todo omnipotentes); sino que crecen delante de las cadenas (verdadera fascinacion y fanatismo inutil) y de la cuchilla, preparadas para castigar su traicion y alevosía. Todos arriman el hombro en las mas arriesgadas empresas: son pródigos de su dinero en favor de la caja de la secta, y para ello muchos se han cargado de deudas, han empobrecido á sus hijos y arruinado sus caudales. Sofocados en una provincia, se levantan en otra; condenados al destierro, aguardan una ocasion; sujetos con los grillos é incomunicados en las torres de las fortalezas, tienen esperanza; y en el acto de doblar el cuello sobre el *cadalso*, insultan al verdugo, echan una *ojeada* amenazadora hácia los conjurados y los incitan á la venganza.» Desgraciados por diez, dirán ellos, desgraciados por cincuenta.

Pasa luego el escritor de esta describeion moral, á hacer la comparacion y pintura material y exacta del cuerpo de las mismas. Dice: «Que el alma de todas las repentinas é imprevistas mudanzas es el *Pandemonio* de las *sociedades secretas*. Que este *protógono*, causa de todos los males, está simbolizado desde lo antiguo

por una figura de *serpiente*, que entre los egipcios y los griegos se llamaba *Pfta* y *Apolo Pitonio*. Que las *sociedades secretas* no podian haber escogido un emblema mas propio y adecuado á su carácter y á sus comunes procedimientos, que éste. La *serpiente* se arrastra en silencio entre las yerbas y las flores; secretamente se introduce y enrosca en lo mas íntimo y oscuro de las ruinas de los muros, en las hendiduras de las rocas, en los agujeros de la tierra; anida bajo los escombros, bajo los cimientos de los torreones, bajo las raices de los árboles y hasta bajo los altares del Señor. Vive solitaria en el fondo de los pozos y de las cisternas, dentro de los sepulcros vacíos, en lo mas oscuro de las cuevas; pero, aunque de este modo aislada, medita estragos, acumula veneno, afila los dientes y con despecho arroja de sus ojos una *mirada sangrienta*. Así que sale al sol, se desenvuelve cruel y soberbia, deja la piel antigua y ostenta la pompa de sus nuevos colores, vibra la ligera arma de su trisulca lengua, y se revuelve velocísima sobre los grandes, con anillos que se lanza, la cabeza erguida y silvando. Y este silvido es tan agudo que, si cuando está callada su vista hiela el corazon, cuando silva aterra y anuncia la muerte.»

«Que lo que mas asemeja aun las *sociedades secretas* á la serpiente, es la fascinacion que llevan consigo sus miradas. Ese ojo inmóvil, penetrante y escudriñador, á la par que causa espanto al animal (ó ser) en

quien se fija, produce en éste, al mirarlo, un encanto tan misterioso, que, ó no sabe ó no puede huir, y se deja matar á ojos abiertos. Del mismo modo, el mundo aborrece las *sectas*, teme sus *horribles misterios* y lamenta sus estragos; pero, con todo, se deja caer perdidamente en aquellas mortíferas fáuces. Las *sociedades secretas* esconden la cabeza al modo de la serpiente, que, toda anudada y enroscada sobre sí misma, deja expuestos á los golpes la cola y el lomo, pero jamás la cabeza. Ellas, tantas veces descubiertas y tantas heridas y despedazadas, renacen poco á poco de la cabeza, que quedó entera y que reúne las partes separadas, y les infunde nuevo vigor, y mas fino y mortífero veneno.

«Que el mundo no debe ilusionarse cuando cree tener paz; porque entonces mismo se hallan los conjurados mas rabiosos y fieros que nunca: se reúnen, concurriendo pocos de una vez, y celebran sus conciliábulos en las cuevas mas secretas de la ciudad (los lugares mas reservados) sutilizando las contraseñas, preparando nuevas inteligencias, aumentando los engaños, estimulando á los perezosos, animando á los tímidos, deteniendo á los atolondrados, atendiendo siempre á sus ventajas, aprovechando las ocasiones, anotando las faltas de los gobiernos y los medios de rodearlos y ponerles obstáculos para que caigan en mayores yerros. Que el disimulo y la hipocresía les facilita, á la manera de la *serpiente*, entrada al lado de los

principes, en los secretos de los gobiernos, en los pensamientos de los ministros, en los misterios de la policía, entre las filas de los ejércitos, en los buques de las escuadras y en el interior de las ciudadelas. Todo lo saben, de todo se aprovechan, y en sus manos todas las armas son poderosas. Trabajan de día, velan de noche y no se cansan jamás.»

X, por último: «que si designan á alguno para que sea asesinado con el puñal ó con el veneno (¡qué caridad evangélica!...) procuran hacerlo pecar antes (¡amabilidad sin límites!) á fin de que muera en pecado y se condene: (señal que creen). Desean los siete pecados mortales y el *espíritu infernal*, del mismo modo que nosotros al Espíritu Santo y sus celestiales dones, buscando nuevos pecados y nuevos modos de pecar; por lo cual dan á los mas torpes y nefandos delitos los nombres de las virtudes mas angélicas: (reconocen la divina moral). Lllaman *castidad* al orgullo; *caridad* al amor mas sucio; *humildad* al enervamiento del alma, sumergida en el fango de toda inmundicia; *mortificación* á la debilidad del cuerpo, que se destruye con los vicios; *sabiduría divina* á la sensualidad. Que para convencerse de ello, basta que se lea con atencion las producciones de Balzac, de Dumas, de Victor Hugo, de Jorge Sand, de Fourier, de Victor Considerant, y las mucho (muchísimas) mas impías aun de los más modernos comunistas alemanes.»

... * * *

Veamos ahora lo que nos dice Maria Lataste, contemporánea casi de las dos profetisas anteriores.

La vida y obras de María Lataste, dice la casa de Bray, (1) son conocidas del público religioso desde 1862. Una traducción alemana ha sido impresa en Ratisbona (2). Tres ediciones sucesivas de estos escritores admirables han revelado á Francia y al mundo católico esta preciosa perla (se expresa así) que llegó á ser al fin de sus dias, la gloria de las religiosas del Sagrado Corazon de Jesus.

Nacida el 22 de Febrero de 1822 en una aldea del departamento de las Landas (Burdeos) no lejos de la cuna de San Vicente de Paul, no hizo mas que pasar, siempre humilde, sobre la tierra, y murió en Rennes el 10 de Mayo de 1847.

Uno de los eclesiásticos eminentes de la diócesis de Aix, encargado por su obispo de examinar las obras de Maria Lataste antes de la impresion, escribia al editor: «que creia una gracia de Dios haber tenido á la vista esas admirables páginas. Hay en sus escritos, continúa diciendo, tal soplo de inspiracion, tal paz, una sencillez tan dulce y una unción tan profunda: hay tales impresiones producidas en su alma, que, á su juicio, con la simple lectura se descubre en ellos á Dios y á su espíritu.»

Hé aquí entre otras de sus muchas y notables

(1) París, 1862, 1866, y 1870.

(2) Casa de Pustel, tomo I, segunda edición, pág. 155.

profecías, solemne y minuciosamente realizadas, la que hace referencia á la Inmaculada Concepcion de Maria y reinado de Pio IX.

«Un dia de la Inmaculada Concepcion, dice, (1) fué á orar ante el altar de Maria, y habiendo rendido sus homenajes á la Misma y comulgado en su obsequio, le habló el Señor en su interior diciéndole: Hijamía, tus homenajes á Mi Madre han sido aceptados por Élla y por Mí. Quiero darte las gracias por tu piedad con una noticia que te ha de regocijar. Va á llegar el dia en que el cielo y la tierra se concertarán á la par á fin de dar á Mi Madre lo que la es debido en la mayor de sus prerogativas. Jamás fué en Élla pecado alguno, y su Concepcion ha sido pura y sin mancha, é inmaculada como el resto de su vida. Quiero que sobre la tierra sea proclamada esta verdad y reconocida por todos los cristianos.»—Hé aquí ya una profecía, señalada además precisamente para tiempo determinado, y cumplida, no obstante, al pie de la letra en todos sus pormenores.

«Me he elegido un Papa (el Cardenal Mastai, creado tál en 1846; Lataste profetizó antes aun de 1844) y en su corazon he inspirado este propósito. Tendrá en su mente este pensamiento mientras sea Papa. Reunirá á los obispos del mundo para oír sus voces, que *proclaman* (habla del tiempo futuro como pode-

(1) Vida y obras de Maria Lataste, tomo II, lib III, pág. 173.

mos nosotros (hablar del presente) á María Santísima Inmaculada en su Concepcion, y todas las voces (¡qué profecía tan terminante!) se unirán á la suya: (no hubo ni un solo sectario en el Concilio que lo contradijese). Su voz proclamará la creencia de otras voces (metáfora científicamente aplicada) y resonará en el mundo entero. Entonces nada faltará en la tierra al honor de Mi Madre.

«Los poderes infernales y sus *secuaces* se levantarán contra esta gloria de María; pero Dios la sostendrá con la fuerza, y los poderes del infierno entrarán en su abismo con sus *secuaces*. Mi Madre (sigue hablando el mismo Jesucristo por boca de la humilde campesina) aparecerá al mundo sobre un pedestal (la Fé católica) sólido é inquebrantable. . . . Llevará sobre su frente, escrito con caracteres de fuego: Yo soy la Hija del Señor, la Protectora de los oprimidos, la Consoladora de los afligidos, el dique contra los enemigos.» Este no es ya lenguaje de la ignorancia y de la rusticidad.

«Luego vendrá sobre la tierra (sigue diciendo el mismo Dios á la Santa) la afliccion (véanse las patéticas cartas y como desgarradoras lamentaciones de Alejandro Dumas, publicadas por los periódicos); reinará la opresion en la ciudad que yo amo y en donde he dejado mi corazón». Puede ser Paris, dirán con este motivo algunos, y los efectos y tristes consecuencias de la inconsciente guerra con la Prusia. «Ella so-

rá (la ciudad aludida) en la tristeza y desolacion, rodeada de enemigos por todas partes, como pájaro cogido en las redes. Parecerá que esta ciudad sucumbe durante tres años (¡qué prodigio de revelacion y de política en cualquier sentido!) y un poco mas tiempo aun de los tres años.» Pero tambien la Italia, tambien Roma y Nápoles y Pio IX pueden ser los objetos mas seguros y positivos de la prediccion.

«Pero Mi Madre (continúa diciéndole el Redentor) bajará á la ciudad, tomará las manos del anciano sentado sobre su trono (ó República en hipòtesis, Mr. Thiers, por ejemplo, tornarán à decir aquellos) y le dirá: Hé aquí la hora, levántate. Mira á tus enemigos; yo los hago desaparecer los unos después de los otros, y desaparecerán para siempre. Tú me has glorificado (la nacion representada en sus santos y en sus mártires) en el cielo y en la tierra; yo quiero glorificarte en la tierra y en el cielo. Mira los hombres (las naciones todas): ellos veneran tu nombre, veneran tu valor, veneran tu poder. Tú vivirás y yo viviré contigo. Anciano, enjuga tus lágrimas, yo te bendigo.» — Todo hace aquí poderosa alusion, como hemos dicho, á Roma y á Pio IX.

«La paz volverá al mundo (prosigue el Salvador) porque Maria (su Santísima Madre) soplará sobre las tempestades, y las aplacará; será su nombre alabado, bendecido, exaltado para siempre: (la paz de la Iglesia). Los cautivos la deberán su libertad, los desterra-

dos su patria y los desgraciados la tranquilidad y la dicha. Habrá entre Élla y sus protegidos un cambio mútuo de súplicas y de gracias, de amor y de afección; y del Oriente al Mediodía, del Norte al Occidente, todo proclamará á Maria: Maria concebida sin pecado, Maria, reina del cielo y de la tierra.»

En otra parte (1) le habla Nuestro Señor de las pruebas y consuelos de su Iglesia.

«La Iglesia es mi Esposa, la dice.... Es bella mi Esposa, y siempre estoy Yó cerca de Élla para sostenerla y consolarla.» ¡Grande y perfecta es la Iglesia cuando merece que todo un Dios así la ensalce y recomiende! «Sufriría mucho en mi ausencia, sigue diciéndote, si Yó me alejara de Élla. Como su Esposo, Élla es el blanco de la persecucion.» ¡Qué verdad tan reconocida, aparte de la palabra del mismo Dios! «Satanás se levanta de debajo de los pies de la Iglesia, arma contra Élla sus propios hijos (aquí no hay metáfora ni alegoría; todavía en boca nuestra pudiera aplicarse esta frase en sentido menos caritativo, ambiguo ó á lo menos comun) para rasgar su seno; y los *desnaturalizados* hijos de la Iglesia escuchan la voz de Satanás. Levanta Élla su voz y vuelve á Mi sus ojos humedecidos por las lágrimas.» Éste es el llanto que hacen verter á la Iglesia las persecuciones sacrílegas. Por esto se lamenta Ésta; no por el temor de su exter-

(1) Vida y obras de María Lataste, lib. XXV, tom. III, pág. 403.

minio. «Nó: Yo no permitiré, continúa, que sus *enemigos* (verdadero y genuino sentido de la palabra *malos hijos*) estén sobre Élla. No será esto mas que imperceptible polvo lanzado sobre su rostro; se lavará con el agua de sus lágrimas (el sudor de la amargura) y su belleza, mas esplendente aun, arrebatará (llenará de admiracion) à sus mismos *enemigos*.

«Que un domingo, después de la Santa Comunión, le dijo el Salvador: Hoy quiero hablarte de la Francia, tu patria (1). Te he hablado muchas veces de ella; pero nada te he dicho de lo que es, ni de como obra; escúchame.»

De estas y otras comunicaciones, hasta familiares y sagrados raptos hácia Dios de la criatura, se befa inconsideradamente el mundo, porque desconoce el gran valor de la *virtud cristiana*, y la hermandad que Dios ha querido guardar con el hombre, á quien, por lo mismo, ó con tal objeto, formó y dotó á su imagen y propia semejanza.

«El primer Rey, dijo, el primer Soberano de la Francia, soy Yó. Yo soy el Señor de todos los pueblos, de las naciones todas, de todos los reinos, de los poderes todos: Soy particularmente el Señor de la Francia. Le doy prosperidad, grandeza y poderío sobre todas las naciones (en consideracion, como se verá, á su primitivo fervor y abnegacion cristiana) cuan-

(1) Vida y hechos de Maria Lataste, lib. XXVI, tom. III, pág. 405.

do es fiel en escuchar mi voz. Levanto sus príncipes sobre todos los demás del mundo y bendigo sus pueblos mas que á los demás de la tierra cuando son fieles en escuchar mi voz. He escogido á Francia para darle á Mi Iglesia, como su hija predilecta. Apenas doblò su cabeza á mi yugo, que es suave y ligero, apenas sintió la sangre de mi corazón caer sobre el suyo para regenerarla, para despojarla de su barbarie y comunicarla mi dulzura y mi caridad, cuando formó la esperauza de *Mis Pontífices*, y bien pronto su defensa y su sosten. Ellos le dieron el bien merecido nombre de Hija primogénita de la Iglesia.

«Así, pues, (le continúa diciendo el Salvador) todo lo que á Mi Iglesia se hace, lo considero hecho conmigo. Si se la honra, soy honrado en Élla; si se la defiende, en Élla soy defendido; si se la vende, vendido soy en Élla; si su sangre se vierte, Mi sangre es la que corre por sus venas. Pues bien, hija mia, lo digo en honor y para gloria de tu patria; durante siglos la Francia ha defendido, ha protegido á Mi Iglesia, ha sido instrumento mio lleno de vida, el dique indestructible y visible que la he dado para protegerla contra mis enemigos (los cismas). De lo alto de los cielos Yo protegía á la Francia, á sus reyes, á sus súbditos. ¡Cuántos grandes hombres ha producido, es decir, cuantos Santos en todas condiciones, tanto en el trono como en las mas humildes cabañas! ¡Cuántos grandes hombres ha producido, es decir, cuántas in-

teligencias amigas del orden y de la verdad! ¡Cuántos grandes hombres ha producido, es decir, cuántos ingenios únicamente fundados por sus acciones en justicia y verdad! ¡Cuántos grandes hombres ha producido, esto es, cuántas almas abrasadas del ardiente fuego de la caridad! Yo soy quien le *ha* dado (error de imprenta) esos hombres, que siempre formarán su gloria.»

Quasi en igual sentido contestó la Santidad de Pio IX á Mons. de Nevers, presidente de la comision francesa, que en 18 de Junio de 1871 presentara á la respetuosa consideracion del mismo la protesta de fidelidad elevada á nombre de la Francia y firmada por mas de dos millones de individuos, cuyas posiciones sociales en su país habrian de ser racionalmente notables. Contestó así á la manifestacion hecha á nombre de aquella, en que se le decia: «que siempre la Francia le sería fiel.» (1) «Imposible me es, dijo el Pontífice, expresaros el cúmulo de sentimientos que en estos momentos se agrupa á mi corazon! Me acuerdo, continuó, de los grandes beneficios de la Francia; me acuerdo de lo que la Francia sufre.... ¡Pobre Francia! La quiero: siempre la tengo grabada en mi corazon; siempre la he querido, siempre la querré. Me consta hasta qué punto ha ofrecido en todas ocasiones el es-

(1) El Triunfo: periódico semanal de Las Palmas, 48 de Diciembre de 1873. Tit. 1.º. La Peste-Catolico-Liberal.

pectáculo de la mas tierna abnegacion, y euán grande es su caridad.» ¡Qué elogio!...

Con todo, añade, «debo decir la verdad á la Francia..... Mis queridos hijos, es preciso que mis palabras os expresen lo que siente mi corazon. Lo que affige á vuestro país y le impide merecer las bendiciones de Dios, es la mezcianza de los principios. Lo diré sin ambages y de ningun modo he de callarlo. Lo que temo no son ciertamente todos esos miserables de la *commune* de París, verdaderos demonios del infierno, que se pasean por la tierra. Nò, no es eso: lo que temo es el *liberalismo católico*.... Lo he dicho ya mas de euarenta veces, y os lo repito por el amor que os tengo. El verdadero azote de la Francia es ese *liberalismo católico*, que quiere unir dos principios tan opuestos entre sí como el fuego y el agua. Mis queridos hijos, os ruego encarecidamente que os abstengais de esas doctrinas que os matan.... Si ese error no es contenido, conducirá á la ruina de la Religion y á la de la Francia.»—Véase aquí el lenguaje, el espíritu, la tetra y hasta la sentencia del mismo Dios, reproducidos en estas pocas, pero á la vez precisas, firmes é inspiradas palabras del que es su legítimo y verdadero Apóstol, cabeza de su Iglesia é imitador posible del Crucificado.

Y nótese de paso como no habla en su lugar aquí el Salvador (y á su imitacion lo hace igualmente, tratando asimismo de la Francia, su representante en la

tierra) segun la Santa, ni una palabra que pueda tomarse en sentido de terror, de espanto ni amenaza para que el hombre tema y se corrija; ni de queja contra aquella por su mala correspondencia á los beneficios, sin cuento, que siempre le ha dispensado, ni es lo comun en tales deprecaciones de almas devotas. Se expresa con el lenguaje de la voluntad satisfecha, con el de la verdad, que pone cada cosa en el lugar preciso que le corresponde segun la historia; y promete remuneracion y gloria cuando mas ofendido se encuentra de la corrupcion general. Éste es un Dios que habla; no la voz de una criatura monótona, que se queja.

* *

«Mi generosidad (continúa el Salvador segun la Santa) no se agota para Francia; tengo llenas las manos de gracias y beneficios, que quisiera derramar sobre ella. ¿Por qué ha sido necesario, lo es aun y lo será después, que las arme con la vara de mi justicia?...» Única lamentacion amorosa y tranquila de Cristo, que se aflige, como Dios puede aflijirse, por su pueblo. «¿Qué espíritu de loca libertad (siempre habla Él mismo) ha reemplazado en su corazon al espíritu de sola libertad verdadera bajada del cielo, que es la su-mision á la voluntad de Dios! ¿Qué espíritu de egoismo, seco y lleno de frialdad ha reemplazado en su corazon al ardiente espíritu de caridad, bajada del cielo,

que es el amor de Dios y del prójimo! ¡Qué espíritu de injustas maniobras y embustera política ha reemplazado en su corazón á la nobleza de su conducta y rectitud de su palabra; conducta y palabra dirigidas en otro tiempo por la *verdad* bajada del cielo, que es el mismo Dios!

«Yo veo ahora (*la vista de Dios*) siempre veré en el reino de Francia hombres sometidos á mi voluntad, hombres amigos de la *Verdad*; pero al presente, hija mía, bien pequeño es su número. También élla (*la Francia*) destroza el trono de sus reyes; destierra, llama, vuelve á desterrar á sus monarcas: soplo sobre ellos (los indígenas) el viento de las tempestades revolucionarias, y los hago desaparecer como pasajeros de un navio sumergido en los abismos del Océano. Apenas les queda en ese naufragio una tabla de salvación, que los conduzca alguna vez á la orilla: (*la reversion general al Catolicismo*). La he suscitado reyes; élla los ha escogido á su gusto. ¿No ha visto, no vé élla que me sirvo de su *voluntad* para castigarla, para hacerla levantar á Mí sus ojos?....

«¿No encuentra hoy penoso é insufrible el yugo de su Rey? (*Napoleon III.*) ¿No se siente humillada ante las naciones?: (*su estado actual*). ¿No vé la division de los espíritus en las poblaciones?: (*superior inteligencia á la política inculcada.*)—No está en paz. Todo es silencio en la superficie; pero todo gruñe, todo muge, todo fermenta debajo, en el pueblo, en

los que se hallan inmediatamente sobre el pueblo, lo mismo que entre los grandes. La *injusticia* marcha con la cabeza *erguida*, y parece estar revestida de autoridad; no halla obstáculo, obra como quiere. La *impiedad* hace sus preparativos para levantar su orgullosa frente en un tiempo que no cree lejano (la vanidosa esperanza del ateo) y que quiere adelantar cuanto puede». ¡Calla, Lataste, pues tu palabra y descripción cierta y anticipada, si no es de Dios obra es del infierno! «Pero en verdad te digo (prosigue la inspiración) la *impiedad* será destruida, disipados sus proyectos, aniquilados sus designios en el instante en que se los creará ejecutados y cumplidos para siempre: (pero su obcecación no terminará).

«¡Francia, Francia, (continúa diciendo el propio Jesucristo) que ingeniosa eres para irritar y para calmar la justicia de Dios! Si tus *crímenes* hacen caer sobre tí los castigos del cielo, tu *virtud de caridad* grita al cielo: ¡*Misericordia y piedad*, Señor!!! Concedido te será ¡oh Francia! (vuelve á decir el Redentor para su desengaño) ver los juicios de mi irritada justicia en un tiempo que te será manifestado (tal vez el del pronóstico) y que tú conocerás sin miedo de errar; pero también conocerás los juicios de mi *compasión* y de mi *misericordia*, y dirás: *Alabanzas y gracias, amor y reconocimiento á Dios, siempre*, en los siglos y en la eternidad.

«Sí, hija mía; los hombres, sus pensamientos, sus

proyectos, sus trabajos, desaparecerán al soplo de mi boca, como el humo al soplo del viento.

«Cuanto se desechó será aceptado de nuevo, y cuanto se aceptó será desechado. Lo que se amó y estimó, será detestado y menospreciado; lo que ha sido menospreciado y detestado, será nuevamente estimado y querido.» ¡La inconstancia y veleidad teórica y práctica de los juicios humanos! Esto mismo prueba que el origen, la firmeza, la estabilidad, seguridad, dignidad é inmutabilidad augusta del Catolicismo y de su Iglesia, siempre tenazmente contrariados, pero jamás ni resentidos, al menos, es obra de Dios.

«Algunas veces (continúa diciéndole el Salvador á la Santa en sentido realmente profético) un árbol viejo es cortado en la selva (en la Babilonia de la vida) y no queda sino el tronco (los buenos principios); pero un tallo brota en la primavera (los intervalos de la misericordia Divina, que, como descepadora hábil, planta instituciones benéficas y corta con su segur las ramas nocivas que al renuevo perjudican) y los años le desarrollan y hacen crecer, hasta que llega á ser un árbol magnífico, honor y gloria del bosque: (de la sociedad).

«Pide por la Francia, hija mia, pide mucho, no ceses de pedir (continúa diciéndole el Salvador: verdadero énfasis de un Dios que se duele de la desdicha inconmensurable de la humanidad).

VXXXIII. de la obra de la Santa Iglesia Católica. (1)

Acabamos de oirlo: Nuestro Señor Jesucristo se contenta con que se le pida particularmente por la *conversion* de la Francia. Dá de ello una prueba evidente en los avisos posteriores que, por ministerio de esta misma su sierva, trasmitió á uno de los directores de esta su santa hija.

Escribió ésta así en otra parte. (1).
«Hijo mio, (habla aquí el Redentor con relacion, segun la Santa, á aquel su amante siervo,) pide por la Francia: ya te lo he dicho, y quiero repetírtelo; si los golpes de la justicia de mi Padre no han caido sobre élla, es porque los ha detenido Maria, la Reina del cielo. Ruge Satanás de coraje en el fondo de los infiernos contra un reino que le ha dado, en verdad, rudos golpes: tiembla de cólera al ver el bien que se hace en esta region, y pone todos sus esfuerzos por aumentar el mal y airar más la cólera Divina.

«Pero le sujeta una cadena que no puede romper, pues mi Madre tiene un derecho especial sobre la Francia, que *le está consagrada*, y por este derecho detiene el airado brazo de Dios, y derrama sobre ese pais, que le está dedicado, las bendiciones del cielo, para hacerle crecer en el bien. Por eso no ceso de advertir, que se *prevengan* (que se eviten) *inmensas calamidades*.»
¡Nada pequeñas han sido tampoco las que hemos presenciado nosotros aun en estos nuestros limitados dias!

(1) Vida y obras de Maria Lataste, lib. XXXV, pág. 328.

«¡Oh Francia! (continúa el Salvador en su exhortación amorosa:) tu gloria se extiende muy lejos; tus hijos la llevarán mas allá de los mares, y los que no te conocen sino de nombre, pedirán por tu *conversion* y tu prosperidad.

«Hijo mio, acabo de hablarte con la familiaridad de un amigo y la bondad de un padre. (En Abraham, Jacob y Moisés tenemos un verdadero ejemplo de ello.) No te admires si te he hablado así sin que atenderas (sin prestar atención) á las palabras que te he dirigido; muchas veces las confiezas de un amigo encieran cosas, que no hubiera adivinado de otra suerte.

«Escucha ahora mis encargos. Cada vez que celebres la *Santa Misa*, pide por el bien y la conservación de la Francia.... Recibe con paciencia y sumisión todas las pruebas que me agrada enviarte: (holocausto por las infracciones de la misma Francia). Despréndete más y más de las criaturas, y hasta de mi mas íntimo amigo: (el verdadero siervo: por solo Moisés perdonó Dios muchas veces á un pueblo prevaricador.)

«Señor Cura (añade por sí á aquel mismo sacerdote en su carta Maria Lataste): puesto que de la Francia se ha hablado, me permitiré añadir lo que sigue.

«En la última que os dirigí sobre el mismo asunto, no oí mas que las palabras que he referido, es decir, que no recibí conocimiento interior; mientras que cuando el Salvador Jesus me dirigió (personal y repetidamente) las palabras referidas en aquella carta, hí-

zose en mí una como luz espiritual y celeste. Así, pues, ví claramente y con distincion, si no es ilusion mia, lo que puedo expresar así: hay en Francia mucho bueno, y tambien mucho malo. Si el bien fuera proporcionado al mal, no tendríamos que temer tanto los golpes de la justicia de Dios, porque sería tan aplacada por el bien, como irritada por el mal cometido. Pero no es así; el bien es inferior al mal, y no es bastante á evitar las venganzas de Dios: aun es necesario más bien...» Súplica ferviente para animar mas al holocausto.

«Veamos, no obstante, algo de lo que todavia sigue escribiendo en otra de sus cartas al antedicho su confesor: (1).

«Vé un dia, le dice, al angel exterminador (vision que le era ya como familiar á su espiritual y aun sensible vista) cernerse sobre la gran ciudad. Al verlo, fué sobrecogida de temor, dolor y compasion, y gritó varias veces desde mi retiro: ¡Señor, conservad á París; salvad al Rey! (ámbos fueron en parte salvados). Permanecí largo tiempo postrada ante Dios, no haciendo oír sino mis gemidos y súplicas.»

Por último, y concluiremos las profecías con la última que hace esta repetida Santa refiriendo el anatema expresó que, en último término oyó de boca del mismo Dios, altamente irritado.

(1) Vida y obras de Maria Lataste, lib. IX, tit. I, pág. 229.

Dice así el pronóstico: «Oh París! torrente impetuoso de vicios y de iniquidades! ¡Ciudad execrable! hace mucho tiempo mereces Mi indignacion; y si no he hecho caer sobre tí el azote terrible de mi *Justicia*, es efecto de mi *Misericordia*. Todavía he detenido Mi vengador brazo, pronto á *descargar* sobre tí. He consentido la innumerable multitud de pecados para no herir á los justos. Tus habitantes te *maldecirán* un dia porque les saturarás de tu apestado aire, y los que habrán encontrado en tí asilo, te llenarán de maldiciones, porque en tu seno hallarán la muerte.»

No podríamos (continúa la Santa) concluir estas previsiones sombrías de otra suerte que añadiendo á ellas el admirable privilegio de Nuestro Señor (declinado en la Virgen Santísima por ministerio de su Santísimo Hijo).

«Felizmente (1) la Santísima Virgen intercede por nosotros é impide á la Justicia de Dios caer sobre nuestras cabezas. Pero Maria quiere que se la ruegue y que á ella se recurra. Colócase esta gran Señora entre Dios y nosotros; nos mira, y espera nuestras plegarias y súplicas. Su corazon está lleno de bondad y de ternura. Una palabra sola dirigida á Maria nos obtiene gracias inmensas. Dios se dejará aplacar si recurrimos á Maria. Mendiga Maria nuestras oraciones: ¡tanta es su bondad y deseo de venir en ayuda nuestra! Debe-

(1) Ibid, libro XXXVI, pág. 230, 2.ª edición.

mos, pues, recurrir á Maria, porque así es la voluntad de Dios y el medio de hacérsela favorable.»

Hemos terminado ya las actuales revelaciones: réstanos ahora entrar en las deducciones lógicas de sus consecuencias.

¿Qué juicio habremos de formar de tales antecedentes?... ¿Deberémos creer ó negar estos augurios?..

Ni lo uno ni lo otro, contestamos; aun cuando mas razones nos asista para creer lo primero, que para dudar, negar, ridiculizar y menos mofarnos de lo segundo. Con tan oportuno motivo ocurrenos hacer aquí una sencilla y como sucinta, pero congruente observacion. ¿Qué diferencia notamos entre las creencias religiosas y proceder de nuestras costumbres en una gran parte de la sociedad actual, de lo que practicára ésta misma en tiempo del mas reprobado *Paganismo*? Ciertamente no encontramos que exista otra que la que naturalmente debe producir el empório y generalidad en las Ciencias, llevadas en el siglo actual al apogeo del saber en todas materias y paises por medio de una libertad sin modo, que todo lo invade, resuelve, desmenuza, fija y contradice; y la de los *paganos* de orden, que jamás se desnudaron, empero, vacilaron ni se retrajeron en nada en sus tradicionales prácticas y creencias.

Pero para que se vea mas de lleno y como de una

sola pincelada la pertinacia é impotencia de nuestra presente era, igual en esto, al menos, á aquel mismo *Paganismo*, y que nos seduce más el mal consejo y la preexistencia en él, que la mas evidente demostracion, permítasenos recordar aquí, de entre mil de los que se callán, el caso histórico comprobante, el hecho acaecido por los años 372 al 378 de la era cristiana entre San Basilio el Grande y el emperador Valente, protector especial de los *arrianos* y perseguidor acérrimo de los representantes y defensores del Catolicismo.

Constituido Basilio obispo de Cesárea en Junio de 370, desplegó desde luego toda su actividad y celo apostólico en desterrar del Oriente el *Arrianismo*; pero vendido por otro obispo de ideas *semiarrianas*, el de Sebaste, Eustacio, por haberle el Santo censurado modesta y comedidamente su proceder hipócrita, se presentó en Cesárea de Capadocia un oficial de graduacion, llamado Modesto, enviado por el emperador, que en aquella sazón se hallaba ausente de Constantinopla, transitando por las cercanías del Ponto (Turquia) para que hiciese entender á San Basilio comunicara necesariamente con los *arrianos*, ó saliese desterrado de la ciudad y aun de toda la provincia. Llamado Basilio, dentro de su propia Diócesis, á presencia del prefecto, le interrogó éste en su improvisado tribunal, diciéndole: «¿Dime, pobre hombre, en qué piensas cuando no quieres obedecer al Empera-

dor, á quien *se rinde* todo el mundo?—Pienso, dijo el Santo...; pero no dejándole continuar aquel improvisado jefe, le dijo: Pensarás en que no eres de la religion del emperador. Y bien ¿qué motivo tendrás para no serlo?—Porque Dios me lo prohíbe, contestó Basilio. —Pues ¿por qué casta de hombres nos tienes á nosotros? le dijo Modesto—Por unos hombres *ilustres* segun el mundo, replicó el Santo, dignos de nuestro respeto; pero que al fin *no sois la regla* de lo que *debemos creer.*»

Posterior á esto, y habiendo concurrido el mismo Emperador en persona, llevado del aprecio que, no obstante, le mereció la sabiduría y entereza del santo Obispo, á su iglesia de Cesárea el dia de la Epifanía, admiró mas allí su dignidad, su virtud y la magestad de los signos y figuras que se representaban, y concibió por el Santo y por su religion un respeto y aprecio tal, que dejó en plena libertad al Obispo de obrar en sus cristianas determinaciones. Pero en fuerza de la sugestion y el mal consejo de los *arrianos*, altamente ofendidos por la especie de inmunidad en que quedaba Basilio, influyeron de nuevo y persuadieron otra vez á Valente á insistir en la proscripcion del Santo sin intermision alguna.

Expidiose con tal motivo el decreto de destierro; pero no pudo éste llevarse á efecto, aun á pesar de hallarse ya todo dispuesto y entrada la noche designada para la ejecucion, por la particular circunstancia

de haber caído en el mismo acto enfermo, y de suprema gravedad, el hijo del Emperador, llamado Galates, por lo que determinó la Corte acudir primero á la oracion y plegarias de San Basilio para la restauracion de su salud. A esta sumisa invitacion contestó gravemente el Santo: «que no pediria á Dios por la vida del príncipe sino á condicion de que se le habia de permitir instruirle en la Religion Católica;» lo que aceptado por todos, hizo el Santo oracion, é instantaneamente quedó el enfermo reconocidamente bueno.

Embaucado de nuevo el Emperador por sujestion de los propios *arrianos*, eludió el cumplimiento de lo ofrecido, ordenando, con apariencias de piadoso fervor, que un obispo *arriano* verificase, como así se hizo, el propuesto bautismo del neófito. Recayó el príncipe incontinentemente en la propia y grave dolencia, y murió de ella á los pocos dias: y aunque todos conocieron el primordial milagro, y confesaron el actual castigo, no por eso *abrió los ojos* el Emperador para reconocer su error y dejar de *insistir* en la tentativa de destierro de San Basilio.

Pero para prueba mayor de la *obcecacion tenáz* de sugestionarios y sugestionados en sus temerarias ilusiones, baste decir: que aunque vieron hasta por tercera vez no poder Valente firmar jamás el decreto de destierro del Obispo, la primera vez rompiéndosele en pedazos la pluma entre sus manos al tomarla para firmar la sentencia, la segunda negándose toda tin-

ta a prestarle su cooperacion, y la tercera rompiéndose nuevamente la pluma en muchos trozos y la mano sin poder sosegarse, en términos de que, lleno de *espanto y de terror*, rompió por *sí mismo* el manuscrito, revocó la orden y dejó en paz á Basilio; ni los *arrianos cesaron* en sus principios de oposicion y de contrariedad, ni los embaucados retrocedieron á vista de tan patente demostracion.

Luego, ni el que puede hacerlo ha perdido algo de su potestad absoluta, ni la naturaleza se le ha revelado, ni nosotros, por nuestras prevaricaciones graves, generales, diarias y siempre crecientes, merecemos mejor indulgencia. Los periódicos impíos se reproducen, las alocuciones libres por escrito, de palabra, ante corporaciones y reuniones particulares, en privado y hasta en las comunicações familiares de amigo á amigo y aun en el recinto é instruccion privada y sagrada de las familias, son el alma, medio y fin de todo discurso. El vicio así se palia, la inmoralidad se tolera, el fraude se hace razon de conveniencia, el libertinaje buen tono, la impiedad ilustracion, Dios un ente imaginario, el Redentor un mero y vulgar filósofo, su Iglesia, risible farsa, su Vicario en la tierra, un impostor y viejo ilusionario, la clerecía, fraudulenta asociación, las corporaciones religiosas, peste y foco de toda lascivia. Cunde el error, la verdad se desconoce, hace fuerza el amor propio, la iracunda ira extiende su poderío, domina la venganza, el enojo y el rencor

inveterado contra nuestro prójimo, la justicia pierde su equilibrio; el favor y protección al vicio es casi general, la ruindad se disimula, á la probidad se pone mala cara: todo es gozar, todo divertirse; al cuerpo se alhaga; al alma, ó se le niega su ser, ó se le persigue y arruina en su verdadero interes. En fin, todo está trocado, porque donde Dios no rige, todo es carnal, todo perecedero.

¿Y queremos así hacernos gratos y dignos de las misericordias celestes?... Larguemos la venda que nos ciega, reconozcamos nuestro actual estado, que solo nos domina ó interesa el mundo, la carne y las pasiones; contemplemos que Dios es Dios, y que, si existe (permitasenos esta esforzada hipérbole) no es digno de su infinita Grandeza, Santidad y Magestad hacerse, como condescendiente siempre con las arbitrariedades todas, volubilidades y caprichos del hombre material, el como comodin de sus pasiones y apetitos los mas sensuales y criminales. Yo admiro la *misericordia* Divina y reverencio y me hago como lenguas de la gran bondad del Altísimo, y que tolere tanto por amor al hombre, cuando éste solo trabaja (y con evidencia propia de su mal proceder) en sentido contrario, aun en aquellos mismos goces en que se promete mundanal felicidad, y que su propia inteligencia reprueba. Así, pues, yo creo que el mundo toca ya su término; y así como cuando se apuran todas las cosas, la disolucion ó aniquilamiento de éstas es

siempre su natural resultado; apurando nosotros nuestro modo de vivir y con él la paciencia y sufrimiento Divino, dejaremos de golpe la existencia para dar lugar al reposo, digámoslo así, de la Divinidad, y á la gloria y, sin manera alguna de contrariedad, de motejo, ò tal vez de escarnio del impío, pública manifestacion de su Omnipotencia.

Empero se objetará: el *Pronóstico* no ha tenido efecto: el dia 4 de Diciembre último, señalado en nuestro pais para su misteriosa realizacion, ha transecurrido: nuestras zozobras pasaron y ni una simple nube anubló nuestro hemisferio: luego ya tenemos el dato mas positivo de su falcedad.

Poco á poco, contestamos. El que no ha entrado en la historia y forma de la revelacion, ha creido sencillamente verídico este particular; pero es supuesto. La Santa, como se ha visto, nada dice de dia determinado: anuncia el *Vaticinio*; pero no revela el dia de su cumplimiento: estas son de las cosas que quedan siempre (por nuestro bien) en la Suprema mente Divina. Preguntado Cristo, Señor nuestro, por su apóstol Pedro, cuánto habria de durar el mundo, le contestó: *mil y mas años*; pero se reservó señalar el tiempo preciso de su duracion. No obstante, dice el mismo J. C. tratando del juicio universal: (1) «que de aquel dia y hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo,

(1) Tres de los cuatro Evangelistas escritores, San Mateo, San Marcos y San Lúcas.

sino solo su Padre celestial. Que cuando viéremos que la *abominacion* de la *desolacion*, que fué dicha por el profeta Daniél, está en el lugar Santo (en la Iglesia misma de Dios) el que lee entiende. Que los que están en la Judea (en el teatro del mundo corruptor) huyan á los montes; y el que en el tejado, (libre ya sus pies del cieno del vicio) no descienda á tomar alguna cosa de su casa; y el que en el campo (al puro ambiente de la perfeccion ó sencillez cristiana) no vuelva á tomar su túnica (el ropaje del vicio). ¡Mas ay de las preñadas (de las entorpecidas) y de las que crian en aquellos dias! Porque habrá entonces grandes tribulaciones, cual no fué desde el principio del mundo hasta ahora, ni será. Y si no fuesen abreviados aquellos dias, continua aun, ninguna carne sería salva; mas, por los escogidos, aquellos dias serán abreviados.»

Pero aquí se trata, dirán otros, del fin de toda la naturaleza; y Ana Maria Taigi se refiere á un exterminio puramente parcial.—Convenimos en ello; pero por lo mismo preciso es que éste participe tambien en algo de la misma constelacion y horrores con que viene envuelta siempre la Justicia Divina.

Pero ¿qué tendrá que ver, dirán todos, las vendas para preservarnos del naufragio?—Contestaremos: que cuando Dios prescribió á los irraelitas en Egipto, que untasen con sangre del cordero pascual inmaculado las puertas de las casas de cada uno de

ellos, fué precisamente para preservarlos de la desolacion comun que iba á pesar sobre aquella nacion maldecida; y que á la manera que el Angel exterminador habia de respetar, como respetó entonces, aquella señal de pertenencia á la grey de Dios; así los cirios benditos encendidos, será otra señal patente que demuestre al mismo, que en aquella casa ó lugar, todavia arde la llama pura de la verdadera creencia y amor al Crucificado.

Empero hay en la profecía una circunstancia especialísima, que es preciso no mirar con indiferencia á pretesto de no haberse ésta aun cumplido, ni constarnos positivamente de su cierta realizacion.

Conformes estamos en que no se ha señalado dia en que debemos presenciar, como se nos anuncia, la catástrofe; pero se dice en el *Vaticinio*: «*QUE DESPUÉS de las TINIEBLAS, San Pedro y San Pablo, bajando de los cielos, predicarán en todo el UNIVERSO y designarán (son sus propias palabras) al Papa, SUCESOR de Pio IX «LUMEN DE CELO.» Una gran luz, saliendo de sus personas, irá á terminar sobre el Cardenal, FUTURO PAPA....*» Luego, ó el actual debe vivir muchísimos años aun sobre la edad de 82 años que cuenta (pues no se dá interregno de esta especie en la Iglesia) ó el tiempo está ya muy remarcado.



Account of the progress of the
of the
of the
of the

Acompaña á este ejemplar el PROSPECTO de una obra filosófico-literaria, sobremanera interesante, escrita por el mismo autor, la cual pronto va á entrar en prensa.
